

UNA NOCHE DE PELÍCULA



Teresa M. Bueno Santamarina

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Una noche de película

Teresa M. Bueno Santamarina

Título: Una noche de película

© 2018, Teresa Mercedes Bueno Santamarina

© Del texto: Teresa Mercedes Bueno Santamarina

© De la portada: Alicia Martínez

Todos los derechos reservados.

“Ya no es tarde, y si antes escribía para poder vivir, ahora quiero vivir para contarlo.”

Ya no es tarde, Benjamín Prado.

“Dicen los sabios que el rencor es odio que se prolonga eternamente”

El Paciente, Juan Gómez-Jurado.

“Gente que dijo adiós en su día y sólo regresa en forma de letra impresa.”

Crematorio, Rafael Chirbes.

En memoria de Elena, Mercedes, Marco y Emilio.

Prólogo

Mi nombre es Elena y, antes de que mi vida se truncase, tenía una identidad. De expresión afilada, frente ancha y barbilla puntiaguda, no desentonaba dentro del amplio espectro de rostros que conocía.

Siempre tensa, alerta ante el peligro, mi mandíbula ha pagado las emociones fuertes. Los pómulos, anchos en tiempos mejores, han terminado sus días carcomidos por el miedo. Mis pobladas cejas y el dañado tabique nasal esconden pequeñas cicatrices procedentes de antiguas historias de terror. Mis finos y sonrosados labios son ahora la única luz que permanece en mi sombrío semblante.

Durante mi último curso en bachillerato cumplí dieciocho años que desgraciadamente no he podido disfrutar. Todo se debe, en gran medida, a malas decisiones y a personas a las que nunca debí conocer.

Sin embargo, si Marco no se hubiese cruzado en mi camino, me habría rendido antes de tiempo. Era un chico especial, pues quiso estar junto a mí en mis peores momentos, cuando nadie más lo hizo. Por eso, me appena no haber sido la amiga que él se merecía.

Marco constituía un ejemplo a seguir; tanto por su conducta como por sus éxitos académicos y deportivos. De tez morena, todavía con mirada de niño, con sus profundos ojos verdes empañados también por fracasos pasados, siempre tenía su pelo negro ensortijado y una sonrisa preparada para mí.

Fuimos amigos desde el primer día de curso. Marco decía que no quería tener novia, pero Andrea, una chica de la clase de Ciencias, consiguió conquistar su corazón. Cuando estaba con ella, sus ojos se tornaban acuosos y su expresión se aniñaba todavía más.

Creí que nunca tendría celos del romance que Marco y Andrea mantenían porque yo no deseaba dar el siguiente paso; pretendía quedarme para siempre en aquella sincera amistad que me llenaba por dentro. Por suerte, mi amigo tampoco dio señales de querer avanzar.

Desgraciadamente, el chico del pendiente destruiría todo lo que enfocasen sus ojos grises. Yo me crucé en su camino por azar, sin darme cuenta, lo que agrió mi carácter y amargó mi existencia.

Mientras espero conocer el signo de mi suerte, un centenar de pensamientos borran al instante todo lo que me rodea. Solo deseo que, aunque mi vida se acabe hoy, la de las personas que llenaron de luz mis días no haya hecho más que empezar.

1

Ya no queda tiempo. El reloj de arena, rector de mi vida desde hace un año, ha girado repentinamente en las últimas horas sin posibilidad de retorno y la vertiginosa sucesión de los acontecimientos me cuenta que mi historia no tendrá un final feliz.

Tendida sobre la árida tierra de un descampado situado a las afueras de Madrid, durante una luminosa tarde primaveral, me debato entre la vida y la muerte sin saber que perdí la batalla hace mucho tiempo, cuando mi verdugo me asestó el golpe letal que ha minado todas mis defensas.

Fue una pelea desigual desde el principio; una guerra relámpago que ha ocasionado que mi aspecto quede hoy alterado. Mi larga melena, anteriormente de un color cobrizo brillante, ahora presenta tintes cenicientos, causados por la suciedad que flota en el ambiente. Además, mi rostro está enteramente surcado por líneas rojas de las que emana un líquido viscoso que se mezcla con las lágrimas que a intervalos regulares brotan de mis ojos, de un azul helado, hundidos por la tristeza y ahogados por los golpes.

La llegada de la ambulancia quiebra, momentáneamente, el silencio que se había adueñado del lugar minutos antes. Sin embargo, cualquier ayuda que reciba será insuficiente pues la debilidad, que se instaló primero en mis extremidades, se ha extendido también al resto del cuerpo, afectando lentamente a los órganos vitales.

No hay nadie a mi lado. Todo el mundo huyó cuando la hoja de su navaja perforó mi piel. Ocurrió muy rápido. Primero recibí varios puñetazos. Después, ya en el suelo, comenzaron las patadas. Al ponerme en pie de nuevo, quedé cegada por el sol y únicamente fui capaz de apreciar cómo un brillo metálico se dirigía hacia mí a toda velocidad.

Un violento mutismo cubrió el solar justo antes de la fuga, tras la que se levantó una tremenda polvareda que me obligó a toser. En ese gesto comprobé que algo iba mal, pues mi camiseta blanca comenzó a teñirse de un húmedo tono carmesí.

Intenté tranquilizarme y, con cuidado, presioné la herida. Pero la sangre fluía, se escurría entre mis dedos y empapaba el trozo de tierra sobre el que me encontraba.

Para olvidar el dolor sordo que me ahoga, decido reflexionar. Sin embargo, si quiero ser capaz de colocar en su sitio todas las piezas del puzle tendré que remontarme a lo ocurrido meses atrás.

Solo puedo dejarme llevar, lo que provoca que un sueño profundo me hunda en un oscuro pozo. Ya nadie será capaz de salvarme.

Cuando el peso de los párpados me obliga a cerrar los ojos, justo antes de perder la consciencia, me doy cuenta de que toda mi vida ha sido una película. El guion ya estaba escrito y yo he interpretado mi papel a la perfección: ese era mi destino.

No hay nada que pueda evitar que en unas horas se acabe este espectáculo: hoy es mi última función. Sin más dilación, comienzo a recordar y mi mente que, aunque embotada, todavía funciona, evoca aquel momento en el que el verano se nos escapaba de las manos.

2

El principio del fin se produjo un día casi otoñal de mediados de septiembre, cuando la vuelta a la rutina después de las vacaciones estivales era ya inevitable. Aquella mañana dio comienzo un nuevo curso académico: mi último año antes de la universidad, que tanto ansiaba.

El verano me había servido para reflexionar y, tras varias semanas de meditaciones y dudas, decidí cambiar de instituto. Por eso, con el consentimiento de mis padres, me matriculé en segundo de bachillerato en otro centro de estudios de Madrid situado a unas calles de distancia de la Puerta del Sol.

Pensé que allí podría empezar de cero. No pretendía forjar nuevas amistades, pues mi carácter introvertido me lo impedía. Solo quería que los fantasmas del pasado dejaran de acosarme.

El día en el que la esperanza pasó por mi vida de puntillas me desperté muy temprano. A las siete de la mañana, dentro de un vagón de tren semivacío con dirección al centro de Madrid, temblaba porque a pesar de que tenía interiorizadas todas las líneas de metro, estaba nerviosa.

Ya había visitado el instituto, pero siempre imaginé que me perdería entre sus intrincados pasillos. Sin embargo, lo que verdaderamente temía era que los problemas que creía haber dejado atrás regresaran y me complicasen la vida. No quería el acoso escolar que sufría desde la infancia me molestase más.

Me puse los auriculares, de los que nunca me separaba, y subí el volumen. Aún quedaban algunas estaciones para llegar a mi destino y el

corazón me latía cada vez más rápido. Tenía un mal presentimiento, pero la música ejerció sobre mí su poder curativo, haciendo que solo pensase en los acordes que en ese momento sonaban.

De repente, la megafonía interrumpió mi trance anunciando que el tren iba a llegar a la estación. Cuando frenó completamente y se abrieron todas las puertas, me apeé del vehículo y me sumergí en el bullicio que a esas horas ya inundaba el lugar.

En menos de cinco minutos me encontré a cielo abierto. Antes de ponerme en marcha y caminar de nuevo, tomé una bocanada de aire sin saber que más tarde necesitaría aquel oxígeno.

Llegué al instituto entre cavilaciones. Mi mirada se posó entonces en una construcción imponente, aunque los rascacielos emplazados a su alrededor empequeñecían su figura. Esculpido en piedra, rectangular y sin columnas exteriores, su aspecto no era nada acogedor, a pesar de que las pequeñas ventanas de las que constaba el edificio estaban repartidas uniformemente a lo largo de los tres pisos.

Tardé solamente un par de minutos en localizar el aula que nos albergaría a mis compañeros y a mí durante el curso. Esta se encontraba en el segundo piso. En los laterales del pasillo central descubrí las taquillas, de un color verde oscuro gastado, de los alumnos de bachillerato. Me acerqué a observarlas y comprobé que cada una tenía un número y un papel con el nombre y los apellidos de su propietario. Leyendo las identificaciones averigüé que me habían asignado la decimotercera taquilla. No era supersticiosa, pero ese dato no ayudó a ahuyentar el mal augurio que todavía me perseguía.

Aún faltaban diez minutos para que dieran comienzo las clases y, como se había adueñado de mí una sed repentina, fui a los aseos, donde me dirigí a uno de los lavabos, de un mármol impoluto.

Había un solo espejo en aquella sala y yo me encontraba frente a él. El cristal no me reflejaba porque estaba cegado por el vaho, lo que rompía la

pulcritud del resto del mobiliario.

Abrí el grifo y, con manos temblorosas, recogí el pequeño caudal que surgía de las tuberías. Cuando ya me había llenado la boca de agua y estaba a punto de tragarla, súbitamente sentí un dolor intenso en la cabeza que me obligó a escupir el líquido.

Me giré rápidamente, pero solo pude cerciorarme de que allí ya no había nadie más que yo. Sin embargo, estaba segura de haber sido golpeada con un objeto contundente, que resultó ser un trozo de azulejo desprendido de la pared.

Superado el susto, intenté recoger mi mochila del suelo. Sin embargo, un inoportuno mareo me hizo caer y todo se oscureció. Había olvidado respirar.

Tras unos minutos con los ojos cerrados, el timbre que anunciaba el inicio de las clases me hizo reaccionar. Fue entonces cuando, rápidamente, traté de incorporarme, lo que me devolvió un ligero malestar. Esperé un tiempo prudencial hasta probar suerte de nuevo. Después de otra oportunidad perdida, mi tercera tentativa resultó ser la definitiva y conseguí ponerme en pie.

Mis ojos se toparon con una mancha situada en el lugar donde había caído al desmayarme. Me palpé la cabeza con cuidado y la mano, inmaculada hasta entonces, se tiñó con sangre. Después de tranquilizarme un poco, me limpié la herida lo mejor que pude y borré mi sangrienta huella del suelo. Hecho esto, salí de los aseos.

No había nadie por los pasillos y todas las aulas estaban cerradas, señal de que ya habían comenzado las horas lectivas. Sabiendo que ya no podía entrar en clase, y con una creciente indisposición, me sentí perdida, aunque conocía que el instituto contaba con una enfermería.

Ya había empezado con mal pie y pensaba que contarle a alguien lo que me acababa de suceder solo empeoraría más las cosas. La experiencia me decía que si no tenía apoyos ni reunía unas pruebas irrefutables de lo

ocurrido, llevaba todas las de perder. Desgraciadamente, no hubo testigos de la agresión. Pero en aquella ocasión no habían sido imaginaciones mías, como en otro tiempo habrían insinuado. De eso estaba segura.

Decidí salir a la calle para intentar serenarme. Supuse que dar una vuelta me enfriaría los ánimos, que amenazaban con caldearse. Tras unos minutos de reflexión, comprendí que lo mejor era pasar página. Posiblemente, como siempre decían, se había tratado de un hecho aislado. El problema radicaba en que esos sucesos se estaban convirtiendo en una rutina.

Al rato, más calmada, volví al instituto. Subí de nuevo al segundo piso cuando sonó el timbre. La puerta del aula estaba abierta, por lo que creí que el profesor ya se había marchado. Me equivoqué: se encontraba recogiendo sus cosas y me vio entrar.

La clase era amplia, y el profesor, alto, delgado y con el pelo castaño engominado, estaba en su mesa, situada al fondo. Me dispuse a ocupar un pupitre vacío en la última fila, intentando no llamar la atención. Sin embargo, mi plan de pasar desapercibida no surtió efecto, pues comprobé con resignación cómo el maestro me dirigía la palabra:

—Eres Elena, ¿no?

—Sí —respondí cohibida.

—¿Puedes venir un momento? —preguntó con tono amable.

Yo asentí y le seguí hasta el pasillo, que en esos momentos era un hervidero. Por encima de todo el ruido escuché:

—Tengo que hablar contigo. ¿Puedes esperarme aquí después de las clases?

Asentí de nuevo. Él se despidió con un ademán y yo volví a entrar en el aula.

—Hola Elena. Me llamo Marco —me saludó un chico de tez morena y pelo negro alborotado cuando me senté a su lado.

—Hola Marco —respondí, todavía aturdida.

Mientras aguardaba el comienzo de la siguiente clase observando al resto de mis compañeros, volví a escuchar la voz de Marco:

—Si quieres, a la hora del recreo, te puedo enseñar el instituto.

—Ya estuve aquí en la jornada de puertas abiertas que hubo en mayo —dije secamente—. Pero gracias por el ofrecimiento —añadí para rebajar la tensión que yo misma había creado.

—Está bien —repuso Marco recuperando la sonrisa—. Entonces, ¿almorzamos en la cafetería?

Me encogí de hombros instintivamente y por suerte no tuve que contestar porque en aquel preciso instante, el profesor de Historia entró en el aula.

Cuando el reloj señaló las once de la mañana comprobé que Marco aún no había dado su brazo a torcer ya que, sin previo aviso, volvió a la carga:

—¿Vienes?

—Vale—accedí al fin, aunque no muy convencida.

En el comedor, tras pedir nuestro almuerzo y abrirnos paso hasta una mesa vacía, comenzamos a conversar:

—¿Qué te ha dicho el profe de Lengua?

—Que tengo que hablar con él después, cuando acaben las clases —respondí apesadumbrada.

—¿Quieres que vayamos a su despacho dentro de un rato?

—Me ha dicho que le espere en el aula.

Marco se quedó callado y yo aproveché para expresarle una de las múltiples dudas que me acosaban:

—¿Te puedo preguntar algo? —inquirí mirándole a los ojos.

—Claro —respondió él muy serio.

—¿Por qué haces esto? —solté.

—¿El qué? —musitó sin comprender.

—Ayudarme desde el primer momento. No hace ni tres horas que nos conocemos...

—Eres nueva aquí y si te facilitamos las cosas te adaptarás rápido. No todos somos como quien te haya hecho eso en la cabeza.

—¿Te has dado cuenta? —exclamé alarmada.

—No apartas la mano de la herida. Se va a infectar.

—¿Y cómo sabes que no me he dado un golpe con una puerta? —propuse sorprendida por mi rapidez para idear aquella mentira que Marco no se creyó.

—Intuición, supongo —bromeó—. Ahora en serio. Algo malo te ha ocurrido. Has estado temblando toda la mañana y no de frío, pues hoy hace un día espléndido. Además, tienes sangre en la cazadora.

Al instante, comprobé que Marco tenía razón, pero yo necesitaba seguir hablando porque cuando callaba me castañeaban los dientes:

—¿No te ha dicho nadie que me ayudes? ¿Lo haces por iniciativa propia? —indagué.

—La verdad es que la directora me contó que este curso habría alumnos nuevos en el instituto. Puso mucho énfasis en que te ayudara a ti porque vamos a ser compañeros de clase. Es nuestro último año aquí y las notas que

consigamos ahora marcarán el futuro. Sin embargo, parece que no he cumplido con mi misión, puesto que ya has perdido el primer asalto y yo no he podido salvarte.

No respondí, pero no hacía falta. Supuse que mi apariencia en aquel momento decía más sobre mí que cualquier palabra que hubiese salido de mi boca.

Cuando tuve que hablar con el profesor de Lengua y Literatura fui prácticamente incapaz de decir palabra a causa del miedo que había estado experimentando durante toda la mañana.

A las dos de la tarde me quedé en el aula esperando a que viniese mi interlocutor. No estaba sola. La clase se vació en unos segundos, pero Marco decidió aguardar a mi lado a que llegara el profesor, quien apareció puntual. Al verle entrar por la puerta, mi nuevo amigo me susurró al oído:

—Hasta mañana Elena. Por cierto... Se llama Carlos.

—Hasta mañana Marco. Gracias —le respondí, también en un murmullo, antes de que se marchase.

—Adiós Marco —dijo el profesor. Después, cerró la puerta. Yo estaba sentada en mi pupitre. Él decidió coger otra silla, a la que dio la vuelta para situarse frente a mí—. Buenas tardes Elena. Me llamo Carlos. —Se presentó con voz pausada—. Este curso impartiré Lengua y Literatura, además de ser el tutor de este grupo. ¿Qué tal tu primer día?

—Bien —mentí tragando saliva.

—¿Seguro? —inquirió enarcando una ceja.

No respondí. Carlos suspiró.

—Solo quiero que me digas por qué no has venido a clase.

Agaché la cabeza, incapaz de mirarle a los ojos, y mentí de nuevo:

—He llegado tarde.

—Permíteme dudarlo —me contradijo—. Me ha parecido verte en el pasillo minutos antes de que empezara la clase. ¿Qué ha ocurrido?

No me veía capaz de hablar del tema, por lo que permanecí en silencio.

—Elena... Escúchame —suplicó Carlos escrutándome con sus grandes ojos, que brillaban como cristales almendrados—. Tranquila. Solo quiero saber qué ha sucedido. De momento, lo que me cuentes será un secreto entre tú y yo, si quieres.

Tenía ganas de llorar, pero también la sensación de que ya había pasado lo peor. Sin embargo, por más que lo intentaba, el nudo en mi garganta no desaparecía.

—Tengo miedo —reconocí al fin.

—¿Por qué? —inquirió Carlos visiblemente sorprendido.

—Porque esto ya lo he vivido en otras ocasiones. Intento escapar, pero siempre me alcanza el dolor —susurré.

Carlos contraatacó, acabando casi por completo con todas mis reticencias:

—Si no le plantas cara a tus temores nunca los podrás vencer. No estás sola: yo te ayudaré a partir de ahora—aseguró con voz firme.

El profesor estaba en lo cierto, aunque yo no lo expresé en voz alta.

—Si me explicas lo que ha pasado es posible que consigamos que no vuelva a ocurrir. ¿Me lo quieres contar?

Negué de forma vehemente con la cabeza. Necesitaba desahogarme con alguien, pero tenía la seguridad de que en aquel momento no saldrían de mí palabras, solo lágrimas. Finalmente, fue el profesor quien rompió el silencio que se había instalado entre los dos:

—Está bien —accedió el profesor en un suspiro—. En unos días

volveremos a hablar, cuando estés más tranquila. ¿De acuerdo?

Asentí despacio.

—Hasta mañana Elena —se despidió el profesor, sonriendo.

—Adiós —musité reflexiva.

Aquel día salí del instituto pensando que, aunque seguía sufriendo por lo mismo de siempre, algunas personas velaban por mí. Marco y Carlos me querían ayudar, pero yo no me dejaba aconsejar. Me estaba convirtiendo, sin darme cuenta, en un ser más asustadizo y reservado de lo que ya era. Me empeñaba en creer que las cosas cambiarían de un momento a otro. Por eso, a pesar de todo, pensé que había comenzado con buen pie mi nueva andadura.

3

Quien me agredió por la espalda durante el primer día del nuevo curso parecía haberse esfumado, pues transcurrió más de un mes hasta que sufrí otro acto de esa índole.

Mi adaptación al instituto, aunque lenta, iba por buen camino. Sin embargo, no podía evitar sentirme una extraña en aquel ambiente y la rutina solo me rozaba, impidiendo que me acostumbrase a mi nueva vida.

Marco era mi sombra dentro del instituto. Me acompañaba a todas partes, almorzábamos juntos y estudiaba conmigo algunas tardes en la biblioteca del centro. Yo le agradecía con una sonrisa sincera aquellas muestras de amistad, pero, al mismo tiempo, intentaba que no se preocupase tanto por mí.

Sin embargo, para mi amigo yo aún no era un caso perdido. Finalmente, permití que me echase una mano, incluso con los deberes: sus notas eran sobresalientes mientras yo me sentía perdida entre libros, fórmulas y diccionarios.

Las tardes de estudio se sucedían y yo veía a Marco cada vez más agotado. Sus ojos verdes siempre brillaban, pero había restos de cansancio en ellos.

No me importó que sus visitas a la biblioteca comenzaran a espaciarse, aunque si Marco no estaba conmigo me distraía a ratos. Solía quedarme unos segundos con la mirada extraviada, preguntándome por qué mi amigo me prestaba tanta atención, buscando la razón por la que yo no podía dejar de pensar en él. Pero siempre había algo que interrumpía mi viaje hacia las nubes oscuras del pensamiento y me hacía volver a posar los pies en la tierra.

A mediados de octubre le confesé a Marco que estaba más tranquila y, a partir de entonces, decidimos retomar nuestros recreos en la cafetería, donde mi amigo me contó que para el último viernes del mes se había organizado una fiesta de disfraces coincidiendo con Halloween. Debido a la cara que puse, me dijo:

—No hace falta que te disfraces si no quieres.

—No me preocupa eso. Es que no sé si debería ir. Todavía no he encajado bien en clase —razoné—. Solo tú me diriges la palabra.

—¿Y no te gusta que lo haga? —inquirió Marco gesticulando ostensiblemente con las manos—. Olvídate del resto de la gente. Lo pasaremos bien.

—No sé bailar, no sigo modas, odio las fiestas... —enumeré—. No me parece buena idea.

—¡Pero estarás conmigo! —exclamó Marco—. Yo te haré reír, te enseñaré a bailar, te daré conversación y, si de verdad quieres huir, puedo dedicarte una canción para que llueva. Dame una oportunidad.

No pude evitar sonreír tras aquella declaración de intenciones que logró su propósito.

—Puede que tengas razón —accedí—. ¿Tú de qué te vas a disfrazar?

—Tendrás que venir a la fiesta para averiguarlo —soltó Marco entre risas.

Las semanas se sucedieron a toda velocidad y el día anterior a la fiesta todavía no tenía confeccionado mi disfraz. Estaba encerrada en mi habitación, pensando, cuando de repente lo vi claro: iría caracterizada de fantasma pues, con un poco de suerte, solo Marco sabría que quien se escondía bajo aquel atuendo era yo. Además, así me sentía en clase; como si nadie se percatase de mi presencia.

Tras tomar aquella decisión, subí al trastero de mi edificio porque sabía que allí encontraría el material necesario para fabricar el traje. No me equivoqué. En el lugar había una sábana vieja cubriendo antiguos juegos de mesa. La cogí: no merecía la pena que cobijase por más tiempo viejos trastos, como decía mi padre.

Aunque tardé un buen rato en conseguir que el disfraz fuese de mi agrado, al fin pude mostrárselo a mis padres, quienes lo alabaron con mucha efusividad. Su valoración estuvo bien, pero lo que más me gustó fue que me dejasen llegar tarde a casa tras la fiesta.

Al día siguiente Marco y yo acordamos en clase que nos veríamos a las siete de la tarde en la Puerta del Sol y allí nuestros atuendos ya no serían un secreto para ninguno de los dos.

Mientras me dirigía en metro al lugar convenido me sentía llena de vida. Iba a pasármelo bien. O eso creía. En cuestión de minutos llegué al punto de encuentro, que estaba abarrotado. Cientos de personas disfrazadas poblaban cada centímetro de suelo. Tuve serios problemas para encontrar a Marco y, de hecho, fue él quien me vio primero.

—¿Cómo has sabido que era yo? —le pregunté cuando estuvo a mi lado. Él también iba disfrazado de fantasma, pero su creación constaba de dos piezas y estaba mucho más elaborada que la mía.

—Por tus zapatillas —dijo mientras las señalaba con la cabeza—. Ya sé que ahora se llevan mucho y que podrías no haber sido tú. Cuestión de suerte. Mucha casualidad lo del traje también.

—Es cierto —observé—. ¿Tú por qué vas de fantasma?

—Porque mucha gente dice que lo soy: me creen mentiroso y presumido. Pero no es verdad —explicó Marco, guiñándome un ojo mientras se encogía de hombros—. Tú, ¿por qué te has disfrazado así?

—Supongo que por la misma razón —contesté sin inmutarme.

—¿Qué misteriosa eres a veces! ¿Vamos?

—¿Adónde? Todavía es pronto.

—La fiesta es en el local de Maxi. Van a llevar comida de una hamburguesería cercana. Creí que lo sabías. Por eso no te había comentado nada.

—¿Y quién me lo iba a decir si solo tengo tu teléfono? —pregunté en voz demasiado alta.

Marco se enfadó:

—¡No me hables así! ¡No te hagas la víctima! Podrías haber hecho algo para enterarte de la fiesta. Si no te lo llego a decir... Seguro que ahora estarías en tu casa comportándote como una amargada —soltó Marco tras quedarse pensativo unos segundos.

Callé por toda respuesta. Fueron palabras hirientes. Marco tenía razón y la verdad dolió. Escuchar algo así de alguien como él fue un golpe muy duro. Pero había dos opciones: volver a casa y deprimirme o seguir adelante e intentar disfrutar de la fiesta. Opté por la segunda alternativa sin imaginar que mi elección tendría terribles consecuencias.

No sabía dónde se encontraba el local al que teníamos que ir, pero tampoco quería olvidarme de lo que acababa de ocurrir, así que decidí aminorar la marcha. Marco era deportista y, al andar, lo hacía a grandes zancadas, por lo que fui quedándome atrás, incapaz de igualar su velocidad.

Seguí sus pasos sin perder de vista su difuminada figura y, en contra de lo que yo quería Marco no giró ni una sola vez la cabeza para comprobar si iba tras él. Sólo cuando nos paramos frente al local esperó hasta que estuve a su lado y me dijo con voz ronca:

—Ya hemos llegado. El recinto era amplio y su centro estaba presidido por una gran mesa rectangular. La decoración de las paredes era a dos colores: naranja y negro. De pronto, mientras observaba todo aquello, una voz femenina me sobresaltó:

—¿Quiénes sois? —dijo ella.

—Marco —respondió mi acompañante.

—Elena —contesté a través de mi disfraz.

La chica, de pelo castaño claro y baja estatura, se llamaba Lara. Iba disfrazada de vampiresa y, susurrando lentamente, leyó la lista que tenía en las manos. Tras un vistazo rápido a su alrededor, dijo señalándome:

—A ti no te hemos invitado —suspiró—. Pero ya que has venido hasta aquí, pasa —prosiguió—. En la mesa hay aperitivos y refrescos. Los de la hamburguesería nos traerán la cena a las nueve. A partir de esa hora, también habrá alcohol y alguna sorpresita —dijo mientras su boca dejaba escapar una media sonrisa—. El baño está arriba, subiendo las escaleras— concluyó a modo de bienvenida.

Tras aquella breve charla me convertí en un mar de dudas. ¿Debía quedarme o sería mejor que me fuese a casa? Era imposible hacerme un hueco en la fiesta. Me habían dicho que no estaba invitada y, además, habría alcohol. Nunca lo había probado, pero sabía que, si no bebía, no conseguiría encajar.

No quería ser parte de la contaminada atmósfera que se respiraba y, sin embargo, tampoco pensaba darle la razón a Marco, por lo que la solución a aquel conflicto interior se antojaba complicada.

Siguiendo las indicaciones que nos había dado Lara al recibirnos fui al aseo, que en esos momentos se encontraba vacío. Creí que allí, con suerte, podría estar tranquila y, así, pensar con claridad.

La música llegaba amortiguada a mis oídos. Eso me dio una idea. Estuve en el habitáculo unos minutos, tiempo en el que tomé la decisión de irme de la fiesta alegando mi nulo sentido del ritmo.

Salí de aquel minúsculo cuarto dispuesta a decirle a mi amigo que me marchaba. Sin embargo, no me dio tiempo, pues un fuerte empujón me derribó e hizo que me precipitase, escaleras abajo, hasta el duro y frío suelo.

Fui incapaz de pensar, aunque si la lucidez no me hubiese abandonado, podría haber colocado, de una tacada, varias piezas del puzle. Pronto descubriría que mi agresor tenía antecedentes, puesto que ya me había hecho daño en otra ocasión. Eso ya lo catalogaba como un ser peligroso y conflictivo. Pero, al igual que aquella mañana de septiembre, en la última noche de octubre tampoco pude averiguar quién se escondía bajo la identidad del abusón.

Desgraciadamente, en mi entorno había alguien que cumplía cada punto de la descripción. Sin embargo, no le di importancia a quien debía, lo que me llevó a no vigilar sus movimientos y, a la larga, provocó un error fatal.

Antes de que mi visión se fundiese a negro, tuve tiempo de apreciar que Marco se dirigía corriendo hacia mí mientras una escalofriante risa resonaba en mis oídos. En ese momento me di cuenta de que aquella noche marcaría el inicio de una irrefrenable escalada de dolor y miedo.

4

Un estridente pitido, agudo y repetitivo, me sacó de un sueño completamente involuntario. Una voz femenina llegó entonces ahogada a mis oídos, que parecían taponados:

—Doctor. Se ha despertado.

Abrí los ojos y descubrí que era de día. No estaba sola. En la habitación se encontraban una enfermera pelirroja, a quien había escuchado tras volver del oscuro mundo de la inconsciencia, y un médico. Este último acababa de entrar.

—¿Qué ha pasado? —pregunté aturdida.

—Estás en un hospital —contestó el médico con voz pausada—. Me gustaría charlar a solas contigo, si es posible.

La enfermera, tras captar la indirecta, salió del cuarto y cerró la puerta. El médico cogió una silla y se sentó al lado de la camilla.

—Tienes un fuerte golpe en la cabeza, un hombro dislocado y un tobillo fisurado. Te quedarás unos días ingresada. El parte de lesiones ya está hecho, por si quieres interponer una denuncia, aunque como eres menor de edad, tus padres tendrían que realizar todos los trámites.

El doctor dijo aquello a gran velocidad. Él me observaba atentamente; yo tenía la mirada perdida. Entendía la gravedad de mis lesiones, pero, ya fuera por los calmantes o por mi estado de shock, parecía que todo me daba igual y no sentía el dolor.

—¿Mi familia está aquí? —inquirí ansiosa, sin asimilar del todo la

situación.

—Sí. Tus padres bajaron a la cafetería hace unos minutos con un chico que no deja de preguntar por ti.

—¿Marco?

—Exacto. Supongo que estarás confusa... Te refrescaré la memoria. Según lo que sabemos, te caíste por las escaleras.

—Me empujaron —corregí.

El doctor suspiró antes de proseguir con lo que estaba diciendo:

—De acuerdo. Pero no es a mí a quien tienes que darle ese tipo de explicaciones. Continúo. La caída te ha causado un traumatismo craneoencefálico, lo que ha provocado que hayas estado inconsciente hasta ahora —concluyó.

—¿Cuánto tiempo?

—Doce horas —contestó el médico con voz neutra.

Abrí la boca, sorprendida, pero no dije nada. El doctor me inspeccionó con la mirada durante unos segundos. Tras el examen visual, se despidió y salió de la habitación.

No pude evitar llorar y, cuando empecé, me costó mucho que el grifo se cerrara. Estaba desolada porque me sentía desamparada, desprotegida. Creía que cualquiera podía hacerme daño con total impunidad. No dejaba de sentir que caminaba sobre arenas movedizas: luchaba por salir, pero solo conseguía sumergirme en mis dudas todavía más.

Fue un día muy largo en el que mi sueño se vio interrumpido varias veces. Solo cuando el cuarto quedaba en silencio y a oscuras me dejaba atrapar por un ligero duermevela. Mientras dormía, una imagen recurrente acudía a mi memoria: no cesaba de recordar el accidente que me había

llevado al hospital y malgasté las horas muertas buscando justificaciones para aquella brutal agresión.

Al día siguiente amanecí con un aspecto desastroso. Pedí a los enfermeros que me prestasen un espejo porque pensaba que después de no haber pegado ojo en toda la noche mi cara evidenciaría el cansancio. En efecto, así era.

No me reconocí en mi propio reflejo. Las ojeras, bolsas oscuras bajo mis ojos, contrastaban con el tono blanquecino de mi piel. Una brecha en la ceja y el labio roto completaban el escaso inventario de heridas que el espejo se atrevió a mostrarme.

Después de desayunar, lo que supuso mi primera comida sólida en el hospital, y tras asearme con la ayuda de dos enfermeras, ya que todavía no podía valerme por mí misma, por fin recibí la esperada visita: mis padres y Marco entraron en la habitación. Sus rostros también delataban cansancio, pero cuando me vieron sonreír tímidamente sus facciones se relajaron:

—¿Qué tal estás? —me preguntó mi madre con voz temblorosa.

—Mejor —repuse solamente.

—¿Te duele algo? —inquirió Marco, nervioso.

—No. Me han dado calmantes. Tranquilo. Estoy bien.

Todos suspiraron aliviados.

—Elena... Marco ya nos ha contado lo que pasó el viernes en la fiesta. No hablaremos de ello si tú no quieres —me explicó mi padre. Estaba serio, pero no enfadado. Su cara expresaba desconcierto.

—Muy bien, papá. Ahora no me veo con fuerzas para hablar del tema, pero, cuando me den el alta y volvamos a casa, intentaré aclarar las cosas.

No iba a cumplir mi promesa y eso era algo que no había ocurrido nunca.

Permanecí en el hospital desde aquella fatídica noche de viernes hasta la tarde del martes. Cinco días tras los cuales pude regresar a casa. Sin embargo, aún tardaría un tiempo en volver al instituto.

Durante mi periodo de vacaciones forzadas fui incapaz de estudiar. Tumbada en la cama de mi habitación, miraba al techo y dejaba la mente en blanco para no sentir el dolor, tanto físico como psíquico, que me atormentaba.

No entendía lo que me estaba ocurriendo. Precisamente, al cambiar de instituto, buscaba tranquilidad y estabilidad emocional, algo que los últimos acontecimientos me habían arrebatado. No dejaba de sentir que el infierno era solo para mí, a pesar de que Marco me tendiese sus manos y me ayudase a ganarle tiempo al reloj.

Por otro lado, mis padres me habían asegurado que nunca se marcharían, que estarían siempre apoyándome, resolviendo los problemas que yo no pudiese solucionar. Sin embargo, yo todavía no me había atrevido a abordar con ellos el tema de las agresiones y cada día que pasaba me veía menos capaz de hacerlo.

Ese lunes de principios de noviembre, mi regreso al instituto fue extraño. Cuando entré en el aula apoyándome en mis muletas, todos los que allí estaban se giraron para mirarme. Aquello me resultó raro porque excepto Marco, mi único amigo en tierra hostil, nadie más me había prestado atención hasta entonces.

No encontraba ninguna razón que justificase la actitud de mis

compañeros de clase. Pensaba que con sus agudos susurros y frías miradas estaban siendo muy injustos conmigo. Todos sabían que no podía luchar sola y, sin embargo, me daban la espalda.

A pesar del peculiar recibimiento, seguía estando decidida a no dejar que nada me afectase. Me había ausentado unos días del instituto, pero ya estaba de vuelta, dispuesta a estudiar lo que hiciese falta para acabar el curso de la mejor manera posible e ir a la universidad, lejos de aquel ambiente enrarecido.

Marco me dijo que no iba a permitir que me ocurriese nada malo. También me aseguró que tendría ocasión de compensarle todos los esfuerzos que estaba haciendo para que yo fuese feliz a pesar de las circunstancias. Me acabaría confesando, además, que se sentía culpable, pues creía que podría haber evitado el accidente del local. Yo le comenté, sin embargo, que, aunque hubiese conseguido impedir que me tirasen por las escaleras, el agresor habría buscado otra manera de hacerme daño.

La primera clase de la mañana era Lengua y Literatura. Carlos también llegó puntual aquel día y, tras entrar en el aula, pasó por la fila de pupitres en la que yo estaba y me tocó el hombro en señal de afecto.

Me dispuse a prestar atención, ya que, según me contó Marco, habían avanzado bastante materia. Sin embargo, cuando quise volver a la rutina me fue imposible, pues los sucesos acaecidos días atrás hacían que me despistase con facilidad y perdiese el hilo de la explicación a la mínima oportunidad.

El timbre sonó en una de las escapadas de mi mente hacia el pasado, lo que provocó que diese un respingo en la silla. Mientras recogía los apuntes de Literatura para preparar los de Historia Carlos se acercó a mi mesa y me dijo:

—¿Puedes venir a mi despacho después, cuando acaben las clases?

—Allí estaré —respondí obedienteEl profesor asintió y salió del aula. Yo apunté la cita en el móvil, en el que creé una alarma para que no se me olvidara. Fue como empezar de nuevo. Tenía otra oportunidad. Carlos quería

volver a hablar conmigo y, por una vez, estaba dispuesta a vencer al miedo.

Marco quiso que almorzáramos en la cafetería para celebrar mi vuelta al instituto. El lugar se encontraba repleto de profesores y alumnos. Después de pedir la comida y, tras ocupar nuestra mesa de siempre, al fondo de la sala, mi amigo me estuvo poniendo al día en cuanto a tareas y exámenes. Pero yo, envuelta en tinieblas causadas por las dudas, terminé interrumpiendo su monólogo:

—¿Por qué tengo la sensación de que todo el mundo me odia?

Marco se acarició la barbilla mientras encontraba las palabras precisas. Tras un momento de vacilación, se atrevió a responder:

—Has estado un tiempo fuera... —titubeó—. Han pasado cosas... —Marco no se atrevía a seguir hablando y eso me preocupó.

—Continúa, por favor —le rogué.

—Está bien. Pero prométeme que no te enfadarás —me pidió con ojos brillantes.

—Te lo prometo —ratifiqué.

—Vale. Pues resulta que lo que pasó en Halloween tuvo consecuencias. —Tomó aire—. Movilizaste al SAMUR y a la Policía. Lo registraron todo y encontraron drogas y alcohol.

—¿Qué insinúas? ¿Me están echando la culpa? —Me enervé—. Si no me hubiesen tirado por las escaleras, nada de esto habría sucedido. Podría haber llegado a casa sin un rasguño. Se equivocan.

—Ya lo sé. —Me tranquilizó—. Únicamente te traslado lo que piensa la gente. Pero la única que sabe lo que ocurrió realmente aquella noche eres tú —me susurró Marco mientras sus manos rozaban las mías. Fue un gesto que me pilló desprevenida. Su piel irradiaba calor y eso me reconfortó—. ¡Estás viva! No veas la vida más difícil de lo que ya es. Yo te voy a ayudar en todo lo que pueda. Me dan igual los demás. Ya me han demostrado de qué pasta

están hechos.

Mi cabeza no cesaba de dar vueltas a todo lo que me había dicho Marco durante aquel recreo. Tenía muchas cosas en las que pensar, así que mi atención se acabó diluyendo. Tomé apuntes, pero más tarde, cuando los quise repasar, no entendí mi letra, lo que aumentó el perpetuo desasosiego que me cubría como una manta y, sin embargo, me dejaba el alma a varios grados bajo cero.

Al terminar las clases Marco quiso acompañarme a casa, pero el móvil me recordó la cita que tenía con Carlos. Me despedí de mi amigo en el aparcamiento y volví a entrar en el instituto.

Subí al tercer piso porque gracias a la visita guiada que organizó el centro meses atrás sabía que allí se hallaban los departamentos. Junto al ascensor, en un cartel, había un mapa con el número y la situación de cada uno de los despachos, así que no me costó mucho trabajo encontrar lo que buscaba.

El despacho estaba cerrado. Sin embargo, supe que el profesor se encontraba en su interior porque podía escuchar su voz amortiguada. Retrocedí hasta apoyarme en la pared y esperé. Carlos abrió la puerta tras unos minutos y me invitó a entrar.

—La próxima vez, cuando intuyas que estoy dentro, llama a la puerta — me reprendió con tono cansado—. Esta es Miranda, la directora del instituto —dijo señalando a la mujer que se encontraba a su lado.

Miranda me estrechó la mano, y yo, educada, devolví el gesto.

—Así que tú eres Elena —indicó Miranda en tono reflexivo.

—Sí —pude responder yo solamente. Aquella mujer imponía respeto. No en vano, era la directora del centro y sus incipientes canas parecían esconder escondían muchos años de experiencia en el puesto.

—Siéntate. —Me ordenó Carlos, tomando de nuevo la palabra.

Eso hice. Ellos también tomaron asiento. El profesor, a pesar de ostentar la propiedad del despacho, se situó a mi lado, dejando la cabecera de la mesa a la directora. Miranda carraspeó y comenzó a hablar:

—Me han dicho que desde que llegaste al instituto hace dos meses has tenido algunos problemas. ¿Me puedes aclarar las cosas?

No supe qué contestar. Intuía que Carlos ya se había enterado de lo ocurrido la noche de Halloween y no me extrañó que relacionara esa agresión con la que sufrí durante el primer día de curso. Comprendí al instante que ambos estaban al corriente de todo, pero querían escuchar mi versión. Aun así, no pude evitar preguntar:

—¿Cómo os habéis enterado?

—Las noticias vuelan —repuso Carlos, quien parecía querer quitarle hierro al asunto—. No se ha hablado de otro tema durante tu ausencia. Este instituto no es muy grande y todo se acaba sabiendo. Además, hemos tenido una conversación con Marco y con tus padres.

Yo me giré y miré al profesor, sorprendida. La directora señaló su reloj con impaciencia.

—Todavía no sabemos quién está detrás de las agresiones que has padecido —resumió Miranda—. Por eso necesitamos tener más datos. ¿Nos ayudas?

Asentí, tragué saliva y empecé a recordar:

—El primer día de clase también era mi toma de contacto con este instituto. Iba a entrar directamente en el aula, pero como me entró sed, tuve que ir al baño. Allí me pegaron —sentenció.

—¿Nos puedes dar más detalles? —inquirió Miranda

—No. Lo siento. —Me disculpé—. Solo sé que estaba bebiendo agua y, de pronto, alguien me golpeó por detrás, en la cabeza. A los pocos segundos, me mareé y caí al suelo. Hay un intervalo de tiempo que parece haberse

borrado de mi memoria. Cuando recuperé el sentido descubrí que sangraba, así que borré mis huellas. Hecho esto, salí a la calle y estuve paseando por los alrededores hasta que comenzó la siguiente clase —concluí en un tono desapasionado.

—Necesito saber algo —replicó Miranda—.Es muy raro que el golpe que nos describes provoque tanto malestar. Además, has explicado que tampoco te mareaste con la sangre. Entonces, ¿cómo pudiste desmayarte?

Aquella pregunta me intranquilizó, me pilló desprevenida. Podría haber alegado mi descontento con que cuestionasen mi verdad, pero, por suerte, tenía una teoría sobre lo ocurrido.

—Es cierto que un golpe así rara vez ocasiona graves perjuicios. Yo lo sentí como un balonazo muy fuerte en la nuca, aunque no lo suficiente para desorientarme. Sin embargo, todo se descontroló por mi estado de ánimo. Había salido de casa con miedo, pero no imaginaba el susto que me llevaría en el instituto.

—Entonces, ¿aceptamos que el golpe existió porque hubo sangre, pero el desmayo se debió a tu nerviosismo?

Resoplé y una lágrima revoltosa resbaló por mi mejilla. La directora quería evitar a toda costa que el asunto llegara a instancias superiores restándole gravedad a la agresión y, además, intentaba confundirme culpándome de aspectos que yo no podía controlar.

—Lo único que acepto es que la agresión lo precipitó todo y sin ella nada de lo sucedido después habría ocurrido.

La directora no rebatió mi razonamiento, sino que preguntó:

—¿No fuiste a la enfermería en ningún momento?

—No. Porque no quería que nadie se enterase de lo ocurrido —repuse.

—Tus padres no saben que tienes esa contusión, ¿no? —indagó Carlos.

—Sí lo saben. Pero creen que me la hice en el accidente del local —

reconocí avergonzada.

La directora y Carlos suspiraron a la vez y ambos negaron con la cabeza simultáneamente.

—No sé a qué se debe tanto secretismo por tu parte, pero eso ahora no importa. ¿Nos puedes contar algo que no sepamos de la última agresión? —me pidió Miranda.

Yo asentí y, seguidamente, reanudé mi historia:

—Un compañero de clase me habló de que en Halloween nuestro curso organizaba una fiesta.

—¿Marco te lo dijo? —me interrumpió Carlos.

—Sí. Fue él. El caso es que teníamos que ir todos disfrazados a un local. Pero, cuando Marco y yo llegamos, me enteré de que no había sido invitada. Sin embargo, permitieron que me quedase, aunque yo ya no tenía ganas de estar allí. Decidí ir al baño, escaleras arriba, para despejarme un poco. Al salir ocurrió. Mientras bajaba, un empujón me hizo perder el equilibrio. Recuerdo sentir un fuerte dolor en la cabeza. Después, todo se volvió negro.

Cuando acabé mi relato Carlos y Miranda permanecieron callados unos instantes. Tras esos segundos marcados por un tenso silencio, fue la directora quien habló:

—¿Por qué has tardado tanto en contarnos todo esto?

La temida pregunta. La eterna cuestión que nunca recibiría una respuesta valiente.

—Supongo que por temor a represalias —me sinceré—. Aunque que me agredan y me insulten no es algo nuevo para mí. Sonará rotundo, pero ya estoy acostumbrada.

—Ya te dije una vez que el miedo no vale de nada —intervino Carlos.

—Sí. Lo sé —repuse—. Sin embargo, siempre que sufro una agresión me

quedo sin argumentos, olvido cómo tengo que actuar. En mi anterior instituto intuía que algunas personas conocían el calvario por el que estaba pasando. No tenía amigos y me sentía cada vez más pequeña. Los conatos de pelea parecían guerras. Mis padres y los profesores se empeñaban en resolver los problemas a mis espaldas, lo que convertía un granito de arena en una montaña. Por eso no les trasladaba los conflictos graves; porque todo eran apariencias; realmente no hacían nada. Yo creía que las heridas me estaban curtiendo, que tarde o temprano aquello acabaría. Pero nunca fue así y, además, tanto inmovilismo me exasperaba. Decidí cambiar de aires para escapar del horror.

Por fin había logrado expulsar de mi mente parte del pasado. No pensé que se lo estuviese diciendo a otras personas. Más bien, me imaginé hablándole al silencio de mi habitación, lo que hizo que las palabras fluyesen mejor. Carlos tragaba saliva ruidosamente, pero Miranda parecía haberse perdido la mitad de mi parlamento:

—¿Por qué crees que la gente se mete contigo? —inquirió la directora.

No me gustó aquella pregunta que, sin embargo, decidí contestar:

—Pienso que me ven como el rival más débil; la presa fácil. Soy introvertida, enclenque y manipulable.

—Tal vez si fueras más extrovertida... —sugirió Miranda.

—Tal vez si ellos no fuesen tan violentos —alegué mordazmente.

El rostro de la directora se contrajo en una mueca indescifrable, pero yo no me inmuté. Había comprendido que aquella mujer pensaba que yo era un problema sin solución. Por eso me cansé de hablar y la conversación comenzó a estancarse.

—¿No viste a nadie en la fiesta que te llamase la atención? —inquirió Carlos para intentar reconducir la charla.

—No lo sé. Todo el mundo tenía el rostro oculto tras máscaras o kilos de maquillaje. Era difícil reconocer a la gente.

—¿Sospechas de algún compañero de clase? —preguntó Carlos presa del nerviosismo.

De pronto empezaron a sudarme las manos. Me picaba el cuello y comencé a temblar. Sabía lo que ocurriría si decía un nombre y me equivocaba: me tildarían de mentirosa o de algo peor. En lugar de eso, me encogí de hombros.

—Ya sé que sin tener cierta seguridad no puedes darnos ningún nombre —reconoció Miranda—. Pero si recuerdas más cosas, algún dato que nos ayude a arrojar luz sobre este asunto, no dudes en decírnoslo. Ahora, mejor nos vamos —añadió la directora, mirando de soslayo su reloj—. Ya es tarde.

El coloquio a tres bandas había terminado. Nuestros caminos, tras salir del despacho, se separaron. Miranda y Carlos bajaron por las escaleras mientras yo lo hacía por el ascensor. Aquella decisión me daría una pista para resolver la misteriosa identidad de mi agresor. Aunque tendría que pagar un alto precio por ella.

Salí del instituto por la puerta trasera. Creía que a aquellas horas el lugar estaría desierto. Pero me equivocaba. Abandoné el recinto escolar y, justo en ese momento, un grupo de tres personas se acercó a mí. Uno de los individuos llevaba puesto un casco de moto rojo con la visera bajada e iba vestido de negro. Sus compañeros lucían indumentarias parecidas, aunque en vez de cascos, unos pasamontañas cubrían sus rostros. Una voz amenazante emergió de pronto de uno de los encapuchados y el terror me paralizó:

—Si antes pensabas que lo estabas pasando mal, a partir de ahora te vamos a hundir la vida, chivata —me amenazó en un terrorífico susurro.

El chico del casco me tiró al suelo con una fuerza sobrehumana, provocando que las muletas se escapasen de mis manos y aterrizaran a una decena de metros de distancia. Sin ellas, me resultó imposible volver a ponerme en pie. Mientras, sus acompañantes vigilaban para evitar que su amigo fuese descubierto pegándome o me agredían si veían que me intentaba defender.

En esa clara inferioridad, el enmascarado me pateó la cara y, en un momento dado de aquel combate a uno, me levantó del suelo cogiéndome del cuello. Quien llevaba la voz cantante dijo, escupiéndome cada una de sus palabras:

—Ni se te ocurra gritar.

Yo, aunque hubiese querido, no habría conseguido que de mí saliese sonido alguno, pues apenas podía respirar. Cuando la presión del cuello se aflojó, caí al suelo como una muñeca de trapo. Entonces escuché de nuevo aquella voz violenta que era capaz de martillearme los oídos y torturarme hasta la extenuación:

—Te vamos a matar, ¿sabes?

Al instante, los tres chicos me rodearon de tal forma que no pude escapar, aunque en mi estado no podría haber ido muy lejos. Yo los miraba con odio; ellos, sonriendo con rabia.

Comenzaron a golpearme con saña. Me rompieron la nariz y acabé con un ojo morado. La agresión cesó cuando creyeron que estaba inconsciente y, después de dejarme como un cromo y tirarme las muletas a la cara, se marcharon en sus motos, que habían permanecido aparcadas en la acera.

Esperé un tiempo prudencial y, cuando comprobé que no había nadie cerca, me arrastré hasta la pared más cercana, donde me apoyé para ponerme en pie con ayuda de las muletas. Hecho esto, me cubrí la cabeza con la capucha de la sudadera que llevaba puesta.

En el metro la música de los auriculares me transportó a mundos mejores y, aunque las calles adyacentes a mi casa estaban bastante concurridas, por suerte, nadie me frenó en mi recorrido.

Mis padres no estaban en casa cuando llegué. Dejé mis cosas en mi habitación y fui hasta el aseo que comunicaba con mi cuarto apoyándome en los muebles que encontraba a mi paso. Tras cerrar la puerta del baño, me

desvestí dejando que el espejo de pie me mostrase los estragos de la paliza.

Me metí en la ducha y abrí el grifo del agua fría porque notaba cómo mi cuerpo ardía. Cuando las primeras gotas de líquido helado resbalaron por mi piel, empecé a respirar entrecortadamente. Sentía cada partícula como un puñal que se clavaba en mis amoratados músculos. Temblando, con el zumbido del pánico todavía grabado en mi mente, hice todo lo posible para limpiar las heridas. Al terminar, me sequé con una toalla que reposaba, doblada, sobre el lavabo. Acto seguido, me puse el albornoz.

Mis padres llegaron a casa en ese momento, pero yo no lo advertí. Abrí la puerta del aseo para volver a mi habitación y vestirme con ropa limpia cuando mi madre entró en el cuarto sin avisar, dándome un gran susto.

—Perdón —se excusó y, rápidamente, cerró la puerta.

Me libré del interrogatorio porque mi madre no llegó a descubrir ninguna de mis heridas, cubiertas por el albornoz. Tras el sobresalto, presa del nerviosismo y exhausta por aquella sucesión de acontecimientos, me puse el pijama, bajé las persianas, apagué la luz, me metí en la cama y, sin poderlo evitar, comencé a pensar.

Me di cuenta de que podría haber muerto aquel mismo día. Sin embargo, por alguna razón que yo no llegaba a entender, mis agresores habían decidido dejarme vivir un poco más.

Mi situación era cada vez más crítica. Los ataques aumentaban progresivamente su intensidad y frecuencia y, aunque conseguía sobrevivir a todos los envites, hacerlo me resultaba muy complicado.

La gente pronto dejaría de sentir lástima por mí y yo, con el tiempo, ya no me compadecería de mí misma. Por mi cabeza pasó entonces, como un rayo, la idea del suicidio. Al seguir adelante con mi vida, sin importar lo que tuviese que sufrir, lo único que quería era encontrar y unir todas las piezas de un rompecabezas imposible.

Finalmente, entendí que la que no encajaba en ninguna parte era yo. Huir ya no servía de nada porque, aunque intentaba luchar, notaba como me

hundía cada vez más en los problemas.

Sin embargo, estaba demasiado débil para acabar con todo, pues lo que más duele son las cicatrices que no se ven.

6

Días después del escabroso suceso ocurrido a las puertas del instituto, llegó aquella tarde de viernes a mediados de diciembre. Me sentía cansada y excitada a partes iguales porque muy pronto darían comienzo los exámenes finales de la primera evaluación.

Por suerte, la rehabilitación parecía estar dando sus frutos, lo que me otorgó algo de tranquilidad para poder centrarme, casi por completo, en los estudios.

Sin embargo, no todo eran buenas noticias pues, desde la última agresión, mis sueños se habían convertido en pesadillas y las perpetuas ojeras se agrandaron. Además, todas las noches me despertaba gritando y con miles de gotas de sudor frío recorriendo mi piel a sus anchas.

Me encontraba sola en casa porque mis padres trabajaban hasta bien entrada la noche. Estaba tan agotada que olvidé que Marco vendría a estudiar. Cuando llegó, nos dispusimos a repasar los apuntes, pero nuestra concentración apenas duró. A mí los exámenes me tenían muy preocupada. Mi amigo, por su parte, también se mostraba intranquilo y, después de unos minutos inmersos en un ruidoso silencio, me habló para expresarme sus inquietudes:

—¿Tú sientes algo por mí?

No sabía por qué me había hecho aquella pregunta, aunque con el tiempo descubriría que tenía una razón de peso. Temí quedarme sin habla, pero, tras unos segundos callada, contesté:

—¿A qué te refieres? —indagué para ganarle segundos al reloj.

—Yo a ti... —dudó—.¿Te gusto?

Decidí ser sincera:

—Si te digo la verdad, no te enfadarás, ¿no? —Aquella era una fórmula recurrente en nuestras conversaciones, ya que no queríamos herirnos mutuamente con las palabras.

—¡Claro que no! —replicó nervioso.

—Lo cierto es que te has convertido en un gran amigo; el mejor que he tenido. No me importaría llegar más lejos contigo. Pero no me gustaría que nuestra amistad se perdiese. ¿Tú qué piensas? —le pregunté llena de curiosidad.

—Yo también estoy confuso —dijo encogiéndose de hombros —.Dejemos pasar un tiempo para aclarar nuestras ideas. Pero seguiremos siendo amigos —recalcó.

Comprendí en aquel instante que no me imaginaba una vida sin Marco. Me encantaba disfrutar de su compañía; incluso durante las tediosas tardes de estudio. No sabía cómo reaccionaba él si yo no iba a clase, pero cuando él se ausentaba no dejaba de mordermme las uñas soñando despierta con nuestros recreos en la cafetería. Sin embargo, al volver a la realidad, me encontraba almorzando un bocadillo sentada frente a una mesa vacía.

Mi móvil echaba humo por las noches y los emoticonos llenaban los mensajes que Marco me enviaba. Si pasaba tiempo con él, acababa el día con una sonrisa. ¿Eso era amor? Nunca lo llegué a saber.

Estaba claro que aquella tarde ya no estudiaríamos más. Nunca se nos dio bien hablar de amor, un asunto que siempre nos cohibía. Pero, como aún no quería que Marco se fuera, sin pensarlo, saqué otro tema de conversación:

—Vuelvo a ser la rara —solté sin avisar.

—¿Qué? —preguntó Marco distraído.

—A pesar de que intento encajar, nada funciona.

Marco resopló, contrariado:

—No eres rara, sino diferente. No puedes pretender ser igual que el resto; ni yo mismo lo intento porque sé que es imposible.

—Ya. Pero es que no dejo de tener la sensación de que soy la oveja negra del rebaño, el signo de interrogación que acerca todas las dudas.

Marco intentó reprimir una sonrisa, pero sus ojos le traicionaron.

—Muy poético y equivocado. Todos tenemos defectos, pero la clave del éxito es saber explotar nuestras virtudes. No le des más vueltas. Sé que es muy difícil cambiar las cosas cuando se sabe que estas siguen un rumbo fijo. Te contaré un secreto: sigue remando.

Aquello hizo que me sintiese mejor, en paz con el mundo y con mis fantasmas. Sin embargo, no era tan fácil dejarse llevar. Por eso, cuando la noche llegó a Madrid y Marco regresó a su casa, yo me quedé a solas con el eco de mis pensamientos.

Una semana después de aquel viernes en el que pensé seriamente en el amor Marco y yo nos vimos una tarde más antes de separarnos un tiempo para disfrutar de las vacaciones de Navidad. En aquella ocasión fue él quien me invitó a su casa.

Mi amigo preparó una apetitosa merienda. Sobre la mesa había bebidas, bocadillos y postres variados. Mientras dábamos cuenta de la comida Marco me narró un suceso ocurrido años atrás. Yo me senté en el sofá, con un refresco en la mano, y escuché ensimismada su relato.

—Mi hermano gemelo se llamaba Daniel y él también pasó por lo que ahora sufres tú. En sus últimos días decía que ya no tenía ganas de vivir. “¿Para qué? Puede que en vez de dejar pasar trenes sea mejor bajarme de este”. Le gustaban los ferrocarriles, ¿sabes? —susurró Marco al borde de las lágrimas—. Yo le decía: "Se te va la pinza, tío". Aun así, no conseguía animarle y su carácter se agriaba cada vez más. Terminar con su vida no era la primera opción, ni la última; simplemente se trataba de su única oportunidad para acabar con todo. Me explicó que antes de hacerle daño a los demás se autolesionaría. —Marco tomó aire—. Cuando me contó algunas de las cosas que había tenido que padecer lo di por imposible. Yo quería dilatar lo inevitable, pero comprendí apesadumbrado que aquello sucedería. Compartíamos curso, aunque no grupo. Por eso no me di cuenta de lo que ocurría hasta que fue demasiado tarde. Me decidí a actuar pese a que el flujo de insultos y peleas cesó casi por completo entonces. Sin embargo, el mal ya estaba hecho y yo asistí, impotente, a la espiral de desesperanza en la que se zambulló sin remedio. En plenas vacaciones de Navidad hace tres años Dani se arrojó al vacío desde el balcón de nuestra casa, como ves, en un séptimo piso —me dijo señalando la ventana con la cabeza.

Ese último dato me recordó una frase de un relato de Julio Cortázar: “Donde solamente haya un aire fragoroso que lo envuelva y lo acompañe y lo acaricie y doce pisos”. Daniel se precipitó desde un séptimo. Yo vivía en un quinto. La suma de los dos números daba como resultado el duodécimo piso del chico del pulóver azul del cuento de Cortázar No se culpe a nadie. Se me ocurrió entonces que entre la vida del hermano de Marco y la mía había más de un aspecto en común. Me estremecí en silencio, sin expresar ninguna emoción ni pensamiento mientras mi amigo seguía hablando:

—Tomé la peor decisión posible: me fui a esquiar con mis padres sin pensar que mi hermano, que prefirió quedarse en casa, me necesitaba. No me lo perdonaré jamás.

Me sentía incapaz de parpadear, de moverme. Me sentía identificada con Daniel e imaginé que por eso mi amigo fue capaz de abrirme su corazón, algo que no había sucedido hasta aquel instante. Quería que yo no acabase como su hermano y recordar el pasado le servía para purgarse por dentro. Marco retomó la palabra tras un largo silencio, por lo que volví a centrarme en su voz:

—Tendría que haber sabido interpretar las señales. Ya había salvado a Dani de más de un problema —explicó mientras apretaba los puños—. Pero no podía estar prestándole atención las veinticuatro horas del día —suspiró—. No dejó ninguna nota de suicidio; no le dijo a nadie por qué se rendía. Al principio, en los días posteriores a su muerte, su decisión me pareció cobarde. Sin embargo, ¿qué hubiese hecho yo en su situación? Puede que no hubiera aguantado tanto como él...

Me quedé callada. Tenía un nudo en la garganta y me sentía incapaz de articular palabra. Él siguió con su monólogo, ya casi interior:

—Por eso decidí ayudarte. Porque intuí que serías carne de cañón para los abusones. Pensé que tu cambio de instituto se debía a que sufrías acoso escolar ya que, de lo contrario, habrías terminado el bachillerato en tu antiguo centro. Desgraciadamente, no me he equivocado y la violencia, aunque ejercida por otras manos, te ha vuelto a encontrar. Pero huir no es librarse de los problemas. Tu pasado te perseguirá toda la vida: nunca lo superarás del todo. Esa es la razón por la que te he apoyado desde el principio. Déjame

enmendar mi error. No acabes como Dani. —Marco concluyó su discurso llorando.

Pasé una mano por el hombro de Marco y terminamos fundidos en un largo abrazo. Se acercaba la hora de cenar, así que mi amigo y yo nos despedimos. Antes de irme de su casa, mis ojos vagaron por toda la habitación una vez más y mi mirada se cruzó de nuevo con la suya, lo que él aprovechó para hacerme una promesa y una petición:

—Estaré siempre a tu lado. Confía en mí.

Yo asentí, emocionada y, tras recoger mis cosas, salí de allí.

Nada más llegar a mi casa, que estaba vacía y a oscuras, entré en mi habitación. Fui directamente al baño. Necesitaba una ducha a pesar de que ya había tomado una aquella misma mañana. Sabía que el agua caliente cayendo en cascada sobre mi cuerpo y la música de la radio sonando mientras me duchaba harían que todo lo ocurrido aquel día se ordenara correctamente en mi cabeza.

Mientras me miraba al espejo que presidía el cuarto de baño comprendí la razón por la que Marco me había contado aquella espeluznante historia. La imagen que me devolvía el cristal no era la misma que la de unos meses atrás. Estaba adelgazando tanto que se me marcaban los huesos. Mi rostro, antaño teñido con el tono sonrosado característico de la juventud, presentaba en aquel momento una palidez casi mortecina. Pero lo más preocupante de todo era que mi mirada, de un azul intenso y profundo, ya no brillaba.

Visto mi aspecto, mi mente comenzó a inventar. Sin embargo, debía disimular mi estado de ánimo si no quería que mis padres, que acababan de llegar a casa, se preocuparan. Me aparté del espejo y, en mi habitación, me vestí con un pijama gris de lana fina.

En el comedor, durante la cena, permanecí callada y distante. Dirigía la vista hacia la ventana cuando sentía las miradas de mis padres trasasándome. No sabía qué me pasaba, pero no quería hablar y no podía

evitar comportarme de aquella manera.

Durante los meses siguientes, mis padres iban a escuchar mi voz cada vez menos. Los estragos de aquel fatídico curso escolar no solo se veían en el exterior. El interior, la mente, se estaba emponzoñando.

Desoyendo los consejos de Marco, cuando llegase el final yo ya me habría apartado de la gente que más me importaba porque no deseaba que se viesan envueltos en la tragedia. Y, aunque ellos nunca se fueron de mi lado, yo era la única dueña de mi destino.

El día amaneció triste y gris, como todos los de aquel febrero. Se acercaba la primavera, pero yo vivía en un invierno continuo. Cada mañana intentaba dibujar una sonrisa en mi rostro, aunque en el fondo me estuviese desmoronando.

Cuando Marco conoció a Andrea comenzó a evitarme. Además, me enteré de que ambos esquiaron en Xanadú durante las vacaciones de Navidad mientras yo pasaba los días libres en mi casa, descansando para curar mis heridas.

Me entusiasmaba la relación que Marco y Andrea habían comenzado porque era consciente de que mi cupo de buena suerte se había cubierto al conocer a mi mejor amigo. Sin embargo, los recuerdos de aquella inolvidable tarde de mediados de diciembre me asolaban. Si ya se conocían desde la excursión que hicieron mis compañeros de clase y el curso de Ciencias a la Biblioteca Nacional a principios de noviembre, cuando yo aún estaba en el hospital, ¿por qué esperó un mes para hacerme la pregunta que tanto me martirizaba?

Por suerte, detrás de todos los problemas que me asediaban, había un retazo de luz. Las cicatrices se cerraban y, con ello, el miedo dejaba paso al cansancio, pero también a una nueva ilusión.

Carlos se empeñaba en darme ánimos diciéndome que ya estaba todo controlado. Sin embargo, una sensación de angustia, que ya no me abandonaría nunca, me hizo intuir que el final aún no había llegado.

Aquella mañana, en clase, alejé mi mente del bullicio. Me gustaba la soledad, pero en un lugar lleno de gente ese sustantivo abstracto me hacía

daño. Para evadirme de aquel ambiente me concentré en el libro de francés que acababa de extraer de la mochila. Marco llegó unos segundos antes de que sonase el timbre que señalaba el inicio de la clase:

—¿Qué tal? —Me susurró nada más sentarse en su pupitre.

—Bien —repuse solamente.

Mi amigo asintió en silencio y él también se puso a estudiar, lo que evitó el inicio de una conversación que habría sido incómoda para ambos.

A la hora del recreo, sin esperar a Marco, bajé al patio del instituto. Allí, al amparo de los soportales que presidían aquel espacio cerrado por vallas, caminé de un lado a otro. Cuando mis compañeros de clase también estuvieron en el recinto, me acerqué a ellos, manteniéndome siempre a una distancia prudencial, para estudiar sus rostros.

Tanto en las aulas como en el recreo, los estudiantes de bachillerato formaban dos grupos: los alumnos de Letras y los de Ciencias. En ambas pandillas había estudiosos y fiesteros. Marco pertenecía a una y otra, pero prefería quedarse con Andrea, apartado del resto de la gente.

Cuando me cansé de mirar a mis compañeros, comencé a ponerme nerviosa, pues no sabía adónde ir ni lo que hacer. Marco me llamaba con un gesto de su mano. Sin embargo, en vez de reunirme con él y con su novia, salí corriendo, dejando a mi amigo con cara de circunstancias.

Había perdido el rumbo. Por eso me sorprendió llegar sin resuello a la biblioteca del instituto. Permanecí bajo el marco de la puerta de la sala hasta que recuperé el aliento. Allí estaba Carlos.

—Hola —me susurró el profesor mientras me indicaba que me acercase a él.

Fui hasta su posición con pasos temblorosos y me senté a su lado.

—Toma —dijo mientras me tendía un objeto rectangular envuelto.

Sostuve su regalo en las manos mientras le preguntaba con voz entrecortada:

—¿Para mí?

Carlos asintió en silencio y yo me dispuse a rasgar con cuidado el papel dorado que guardaba aquel presente: un diario de tapas duras y negras.

—¿Un diario? —interrogué sin comprender.

—Sí. Un diario, un cuaderno, un bloc de notas, lienzos para dibujar... —explicó Carlos en voz baja mientras me sonreía.

—No tendrías que haberlo hecho —dije, segura de que me había ruborizado.

—Créeme. Sí tenía que hacerlo. Es la hora del recreo y no estás con tus compañeros —expuso—. No me parece mal. Ya sé que no te gusta socializar y, después de todo lo que has sufrido, puedo llegar a entender tu actitud —continuó—. Pero me encantaría que desconectases, que no estudiases siempre. Coge prestados algunos libros de estas estanterías —ofreció señalando los muebles que nos rodeaban—, o abre este cuaderno y llénalo con tus letras. Como me enseñaron una vez: “El truco, cuando sientas que no puedes, es poner una palabra más”. Llévalo a cabo y verás lo fácil que te resulta escribir. Si lo necesitas solo hazlo. Ya tendrás tiempo de corregir.

Asentí en silencio. Carlos dijo de pronto:

—Me voy. Tú también deberías. Va a acabar el recreo. —El profesor se levantó de su asiento y, antes de marcharse, me sonrió.

—Gracias —dije, pero mi voz quedó ahogada por el estridente timbre.

En días sucesivos intenté escribir algún relato en el diario, pero ningún mundo feliz acudía a mi mente. Por eso me dije que, si quería dejar de ser un pusilánime personaje de novela juvenil, debía cambiar el rumbo de mi propia historia.

Con la llegada del mes de abril cumplí dieciocho años. Cuando abrí los ojos aquella mañana comprobé que el cielo estaba encapotado. Sobre la pared blanca de mi cuarto se proyectaban sombras extrañas.

Mis padres no estaban en casa. Tampoco se encontraban en la ciudad. Habían viajado a Valencia dos días atrás porque necesitaban vacaciones; un tiempo para respirar otro aire distinto al madrileño. O eso me dijeron.

Si salía de casa debía hacerlo acompañada porque temía que me sucediese algo malo si cruzaba el portal del bloque de edificios en el que vivía. Sin embargo, no tenía intención de pisar la calle, pues un principio de agorafobia empezaba a atenazarme.

Mientras disfrutaba de la deliciosa compañía de la soledad, recordé que debía estudiar. Con la intención de desconectar y despejar la mente, releí los relatos que había creado, siguiendo el consejo de Carlos, en el cuaderno negro de tapas duras que el profesor de Lengua y Literatura me regaló. Todas las noches escribía un texto de unas cien palabras, más o menos. Hablaba de cualquier tema y, a pesar de haber inventado apenas una docena de historias, cada vez me sentía mejor con lo que redactaba. Era una vía de escape, una terapia con la que intentar olvidar el pasado, algo que me daba fuerza para enfrentarme al incierto futuro que estaba a punto de llegar.

Cuando me senté frente a mi mesa de estudio y observé que mi móvil, que reposaba sobre ella, se iluminaba, tuve que posponer un poco más el momento de abrir los libros e hincar los codos. No esperaba ninguna felicitación, pero allí estaba, en forma de mensaje de texto:

MARCO_ 11:29

¡¡¡Feliz cumpleaños!!! ¿Quieres que quedemos esta tarde para celebrarlo?

El remitente del escrito era Marco y, teniendo en cuenta lo fría que se encontraba nuestra relación, me sorprendió que fuese tan directo. Aún me quedaban por leer las últimas líneas:

MARCO_ 11:30

Tenemos que hablar. Sé que he cometido errores. Pero no quiero perder tu amistad. Espero verte.

Esa segunda parte de su mensaje me incomodó. Siempre había pensado, desde que conocí a Marco, que la que no dejaba de equivocarse era yo. Creía que nuestra amistad era un error.

En cuestión de días, su popularidad en el instituto decayó. Él nunca lo reconoció, pero, cuando caminábamos los dos juntos por el pasillo, la gente se apartaba haciendo aspavientos y poniendo cara de asco. A pesar de todo, mi amigo se quedaba conmigo durante los recreos y, por lo que me dijo semanas atrás, pretendía enmendar los fallos que había cometido en el pasado. Yo no me podía negar a su compañía porque estar a su lado siempre me reconfortaba.

Aunque no había recibido una prohibición expresa de mis padres, no pretendía salir a la calle porque me aterraba poder encontrarme con mi agresor al doblar cada esquina. Además, en las aglomeraciones me asfixiaba. Por ello, mis viajes en metro disminuyeron en detrimento de un taxi o la bicicleta.

Logré contestar a Marco a base de fuerza de voluntad. Lo hice porque se lo debía, por todo lo que había hecho por mí. Necesitaba dejar mis paranoias a un lado. Mi amigo y yo hablaríamos aquella tarde: eso lo tenía claro.

YO_ 11:40

¡Gracias! Me encantaría celebrarlo. Pero no me parece buena idea salir a la calle. Te llamo por teléfono y charlamos, si quieres.

Envié el mensaje y esperé, aunque no demasiado, porque a los cinco minutos recibí su respuesta.

MARCO_ 11:45

¡Elena! Yo voy a estar contigo en todo momento. No te va a pasar nada. Te lo prometo. Entonces, ¿en mi portal a las nueve?

Releí las líneas del mensaje un par de veces antes de responder:

YO_ 11:46

¿Por qué a las nueve? Es muy tarde...

MARCO_ 11:47

Antes no puedo. He quedado con Andrea para cenar.

YO_ 11:50

De acuerdo. Nos vemos esta noche.

Tras enviar el último mensaje, cogí el móvil y lo lancé. El aparato no se rompió, ya que cayó sobre la cama. Estaba enfadada porque quería que todo volviera a ser como antes, pero no de aquella manera. Marco desoía mis reticencias y pretendía que hiciese frente a problemas que mi debilidad me impedía solventar.

Sin embargo, no nos podíamos quedar así, sin saber lo que había hecho que se fuesen desgastando los lazos que nos unían.

Decidí que lo mejor era aparentar que estaba bien, aunque no fuese verdad, pues que en el día de mi cumpleaños mi amigo prefiriese estar con Andrea fue el primer atisbo de celos que sentí hacia ellos.

Me duché bien entrada la tarde y busqué en el armario mis mejores galas. Tras varias combinaciones infructuosas elegí una blusa negra, una americana azul, un pantalón blanco y unos zapatos planos de un dorado brillante. Me preocupaba muy poco lo que los expertos en moda pensasen de mí porque

con esas prendas me sentía segura, algo que quería aparentar frente a Marco. Me puse un reloj de pulsera en la mano izquierda y adorné mi muñeca derecha con un brazalete que había comprado el verano anterior en el mercado medieval de un pueblo cercano.

Me peiné el cabello concienzudamente y me maquillé, algo que llevaba meses sin hacer. Me miré al espejo y me encontré guapa. Verme así reflejada me infundió los ánimos que me faltaban para afrontar lo que aquella noche sucediese.

Cuando me senté en el sofá de la sala de estar y consulté el reloj, todavía eran las siete de la tarde. Sin embargo, aunque quedaban dos horas para mi reunión con Marco, las paredes de mi casa parecían cernirse sobre mí.

Abandoné mi encierro y salí a la calle con unos aires resueltos que se fueron disipando a medida que me alejaba de mi zona de confort. No quería parecer desesperada por lo que, aunque el portal de Marco solo distaba una decena de puertas del mío, decidí alejarme de allí.

Me dirigí al parque en el que solía jugar en mi infancia; durante los años en los que creía que podría llegar con el columpio cada vez más alto, tocar el cielo; cuando el desconocimiento y la inocencia le comían terreno a la razón y al corazón.

Sentada en un banco del parque me puse a pensar. Con mis inseparables auriculares puestos, mientras reflexionaba, retazos de sonrisas infantiles que mi mente rescataba llenaron mis ojos.

Me vi de pronto controlando un sollozo repentino. Tras conseguirlo, comprobé que había comenzado a llover y me sentí mejor. La lluvia fina no me incomodaba; al contrario: producía un paisaje nuevo y provocaba en mí nuevas emociones.

Tiempo después, al consultar mi reloj de pulsera, confirmé que se acercaba la hora de ir a casa de Marco, por lo que sin pausa, pero sin prisa, me encaminé hacia allí. Llegué al portal y, como yo había sido puntual y en

mi amigo ese era un rasgo que brillaba por su ausencia, me senté en la acera a aguardar a que bajara. Tras unos minutos de tensa espera, alguien puso sus manos sobre mis ojos y dijo con voz juvenil y alegre:

—¿Quién soy?

Yo, sin poder reprimir una carcajada, contesté:

—Marco.

Él, acariciando suavemente mi barbilla, me obligó a mirarle. Vestía un traje azul marino salpicado por gotas de lluvia que me hizo idealizar su figura mucho más de lo que ya lo hacía.

—¿Cómo lo has sabido? —inquirió bromista.

No pude evitar volver a reírme.

—Me has tapado los ojos. Pero no te has molestado en falsear la voz.

Marco se dio un golpecito en la frente con la mano abierta mientras me decía con aire teatral.

—Cierto. Lo tendré en cuenta la próxima vez. ¿Vamos?

Marco me tendió la mano y yo, con su ayuda, me puse en pie. Acto seguido, me dio un abrazo y, aunque al principio intenté rechazar fríamente su gesto, finalmente tuve que rendirme y acepté su muestra de afecto. Tras unos segundos, mi amigo se separó de mí y me dijo en voz baja:

—No te va a pasar nada. Yo estoy a tu lado.

Marco y yo nos dirigimos hacia el centro de Madrid, donde paseamos por la Gran Vía. Pudimos hablar, aunque miles de murmullos interferían en nuestra conversación a cada paso que dábamos.

Sin embargo, las palabras de aquella charla no se quedarían en mi

memoria porque los ojos verdes de mi amigo inundaban mis pupilas. Frente a la Puerta del Sol llegó un tenso silencio que precedió a un asunto que había unido nuestra historia y marcado nuestro destino.

—¿Cómo va el tema del abusón?

Giré la cabeza cuando Marco me formuló aquella pregunta:

—Nada. Hace tiempo que no me molesta. Aún no sé quién es, pero si actúo ahora me da miedo despertar de nuevo el odio que parece sentir hacia mí.

—¿De veras crees que no va a volver a por ti? ¿Ya no sabes cómo va esto? —me gritó.

Cuando la calma retornó a la voz de Marco, mi amigo me explicó sus anteriores palabras:

—¿Piensas que se acabó? ¡Vamos! No me vengas con esas. Regresará con más fuerza. Te hará daño. Sobre todo, si crees que no volverá.

—¿Por qué estás tan seguro? —inquirí sorprendida.

—¿Recuerdas a Dani? —asentí en silencio—. Como no pude salvarle la vida, he intentado entender a su asesino. Mi hermano nunca me dijo quién se metía con él, aunque yo intuí que se trataba de alguien físicamente más fuerte. Mi gemelo se sabía defender y, aun así, llegaba a casa magullado y llorando. Escondía sus lágrimas, pero dejaba los pañuelos mojados a la vista. Lo de dos no se pelean si uno no quiere es totalmente falso. ¡Dani no le hacía daño ni a una mosca! Supongo que se hartó de esperar a que el acoso acabara. Apuesto por que quiso plantarle cara porque pensó que de esa manera todo terminaría rápido. Seguro que el agresor no se esperaba que Daniel se defendiera y eso debió cabrearle mucho. Desde hace ya tres años sufro agresiones o las padecen personas que me importan. Quien sea que te esté acosando me está recordando que no se arrepiente de nada, que es intocable, invencible y que, mientras le venga en gana, estaremos a su merced.

—Pero ¿por qué no sabemos quién nos está haciendo la vida imposible?

Marco me dirigió una mirada triste:

—Porque quien sea es más listo que nosotros. O sabe esconderse mejor.

—Cuando me agreden, lo hacen ocultando su identidad. La incertidumbre me exaspera porque su cobardía va ganando.

Marco suspiró.

—Si no actuamos rápido, estamos perdidos.

Tragué saliva y me propuse no seguir hablando del tema, pero varias preguntas aparecieron en mi mente. Marco estaba nervioso. Yo temblaba— Hay algo que no entiendo —confesé, retomando la conversación a mi pesar—. Según tu teoría, quien me agredió el primer día de clase, antes de que tú y yo nos conociésemos, lo ha seguido haciendo desde entonces. ¿Cómo sabes que quiere que sufras tú también? ¿No es un poco egoísta por tu parte? ¡Aún no nos habíamos visto!

—No lo sé. Estoy desconcertado. Tenemos que resistir y hallar todas las respuestas. Solo faltan dos meses para que este horror sea historia.

—Pero ¿por qué a nosotros? —inquirí confusa.

—Le he dado muchas vueltas al tema. Diría que el agresor es alguien que también lo pasa mal en el instituto. Siempre está solo. Nunca habla en clase. Odia ser el centro de atención. Por eso acosa a otras personas: no quiere ser el único al que le cuesta encajar. Para él las agresiones se han convertido en una rutina. Por eso, si descubres al culpable de todo, tienes que actuar. —contestó Marco.

—Pero si se las dices no te va a hacer caso. Para él las agresiones se han convertido en una rutina. Si descubres al culpable de todo, tienes que actuar.

Yo sabía que lo peor estaba por llegar y solo fui capaz de asentir en silencio. Al rato, cuando estábamos cansados, era ya muy tarde y caminábamos sin rumbo, le pregunté a Marco algo que llevaba rondándome la cabeza toda la noche:

—¿Por qué todo ha cambiado y estás tan distante?

—Estoy nervioso. Se acercan los últimos exámenes y no los llevo tan bien preparados como debería. Andrea también me roba tiempo. Es muy celosa y, aunque la quiero, espero que algún día confíe firmemente en mí. Hasta entonces, ella debe ser una de mis prioridades.

Al fin lo comprendí todo y, con ello, mis músculos se destensaron con alivio. Marco cruzó los brazos. Yo no pude evitar decir:

—Me he sentido sola. Lo he pasado mal y tú eras como un muro. Me has hecho daño.

—No sabía que mi relación con Andrea te molestase.

—No es eso. Es que tu novia es de Ciencias y no viene a ninguna asignatura con nosotros. Aun así, pasas más tiempo con ella que conmigo, a pesar de que nos sentemos juntos en clase. Solo deseo tu felicidad, pero también lucho por conservar nuestra amistad. Me he sentido como un fantasma a tu lado. Tus ojos pasaban de mí.

Marco se mantuvo pensativo unos segundos para luego confesar:

—¡Lo siento tanto! He estado obcecado y perdido. Aquel día en el que nos sinceramos, ninguno de los dos sabía realmente lo que sentía por el otro. Estábamos confusos y yo he expresado mis dudas de la peor manera: sin hacértelas llegar. —Marco tomó aire—. Te he dejado de lado. No volverá a ocurrir. —De pronto, su tono de voz pasó de arrepentido a neutral—. Es innegable que los dos hemos cometido errores, pero parece que ya está todo arreglado. ¿Hacemos las paces?

Yo me hice de rogar, aunque finalmente tendí mi mano hacia la suya. Marco se quedó mirando fijamente mis dedos de pianista mientras me decía:

—Mejor un abrazo, ¿no?

—¡Claro! —exclamé.

Nos abrazamos durante unos segundos y después nos separamos

bruscamente.

—Al final esta noche ha estado bien —reconocí—.Reconciliarnos ha sido el mejor regalo.

Marco bromeó:

—Entonces no quieres que te dé lo que he traído para ti, ¿no? —No dije nada y Marco continuó hablando—.Toma —susurró mientras me tendía una cajita negra que cogí con manos temblorosas.

Cuando abrí su regalo, no supe cómo darle las gracias:

—Me encanta... Es genial... —tartamudeé mientras sostenía el colgante plateado que me había regalado.

No quería desprenderme nunca de aquel recuerdo. Pero estaba demasiado nerviosa. Marco cogió el collar de mis manos. En un instante, tras erizarme la piel con el roce de sus dedos contra mi cuello, consiguió ponerme la joya, que era simple a la vez que hermosa. Quise darle un beso en la mejilla. Sin embargo, él giró la cara y nuestros labios se juntaron. El improvisado gesto solo duró un par de segundos que a mí se me hicieron eternos y, a la vez, fugaces. Mi amigo carraspeó y yo dije:

—¿Nos vamos ya? —estaba muy aturdida y esas fueron las únicas palabras que salieron de mi boca.

Ambos sabíamos que después de arreglar lo nuestro nos unía la amistad. Solo eso. Nada más. Pero, entonces, ¿por qué había tenido Marco aquel impulso? Mi amigo habló de nuevo:

—¿Quieres dar una vuelta, ir a un bar o jugar a los bolos? —me preguntó mientras el revoltoso viento despeinaba su enmarañado cabello.

—Vámonos a casa. Hace frío y ya es muy tarde.

Marco suspiró, se quitó la chaqueta de su traje y me la puso sobre los hombros. Después, reformuló la oración:

—Entonces, ¿qué hacemos?

—¿Damos una vuelta? —elegí al fin, pues de alguna manera teníamos que regresar a nuestros respectivos hogares.

—Vale.

Aunque Marco estaba a mi lado, yo seguía teniendo miedo y, además, no quería coger el metro porque ya era muy tarde. Así que dije:

—Acompáñame.

Mi amigo me dio la mano de nuevo y yo le guie por varias calles, deshaciendo todo el camino hasta nuestro barrio.

Finalmente, estuvimos frente al parque en el que había dejado correr el tiempo aquella tarde. Marco se quedó parado. Yo me solté de su mano y le dije:

—¡Vamos! ¡Sígueme!

Avanzaba a trompicones por la arena del parque. Sin embargo, me propuse que nada me iba a molestar, que disfrutaría de aquella noche con mi amigo y aparcaría el sufrimiento en un rincón.

—Vas vestida de blanco. Te vas a manchar —me avisó.

Paré en seco, me giré y le lancé su chaqueta, que él cogió al vuelo.

—¿Vienes o no? —pregunté y, sin esperar respuesta, seguí corriendo.

Fui hacia los columpios y Marco me siguió. Los dos nos miramos y sonreímos abiertamente. No hacían falta palabras porque ya estaba todo dicho. Ninguno de los dos quería romper el idílico momento que habíamos creado juntos.

Tras un tiempo balanceándome, me encontré tiritando.

—Me lo he pasado muy bien. Pero hace frío.

Me bajé del columpio y reemprendimos el camino hacia nuestras casas. Marco, que esta vez no me prestó su chaqueta, frotó mis hombros para que entrase en calor. Cuando llegamos al portal de mi casa, mi amigo dijo:

—Yo también lo he pasado bien. Tanto, que deseo que no haya que esperar hasta mi cumpleaños para repetir una noche como esta.

—Eso espero yo también. Gracias. Por este día y por todos los que he vivido a tu lado.

Él se quedó sin habla. A falta de una respuesta, me abrazó y yo entendí que con ese gesto quería transmitirme todo lo que sus labios, sellados por la emoción, eran incapaces de decirme.

Ya en mi habitación, después de una ducha para entrar en calor, me tumbé en la cama. Quería dormir y soñar con aquella noche. Había sido un día muy largo y lo único que quedaba de aquellas increíbles veinticuatro horas consistía en restos de maquillaje, además del colgante que rodeaba mi cuello. También perdurarían, al igual que el regalo de Marco, los mensajes de texto en los que me pedía arreglar las cosas.

A pesar de todo, no pegué ojo en toda la noche porque sabía que mi agresor aún estaba desordenando mi vida. Debía pensar en él y actuar por fin, evitando así una nueva lluvia de golpes e insultos. Pero recordar lo vivido para encontrar pruebas me hirió en lo más hondo de mi ser. Semanas después descubrí que no tendría que haberme preocupado tanto pues mi enemigo, al fin, cometería el error que había estado esperando.

Anduve perdida cuando el instituto volvió a mi rutina tras las vacaciones. Muchos compañeros todavía me ignoraban y yo misma me había autoimpuesto el título de “Chica Invisible”: la vida seguía igual.

Marco llegó a clase y, como siempre, se sentó a mi lado. Pero yo aún me encontraba incómoda en su presencia después de quedar con él el día de mi cumpleaños. Así que, con el pretexto de llenar mi botella de agua, me levanté de la silla y salí del aula.

Me dirigí a los aseos y, cuando estuve frente a uno de los lavabos, tuve un mal presentimiento que no dude en ahogar con el sonido del agua. Sin embargo, olvidar no sería una tarea sencilla pues, como rezaba el título de la película con la que me había distraído del mundanal ruido durante el fin de semana, vivir es fácil con los ojos cerrados.

En el baño, tras llenar la botella alguien tiró de mí hacia atrás. Por fin conseguí verle la cara a mi agresor: era Christian, el chico del pendiente con forma de colmillo de tiburón que escondía su apariencia bajo una gorra negra. Encajé su silueta en las sombras sin rostro que había percibido en otras agresiones y todo cuadró.

Christian, ajeno a mi descubrimiento, me empujó, con mis sentidos nublados por el factor sorpresa, hacia uno de los retretes.

Acorralada como estaba, no quise vivir el siguiente capítulo de aquella historia interminable de agresiones y burlas. Por eso, usé toda la adrenalina que me provocaban las situaciones extremas y le di un empujón que hizo que se golpease con uno de los lavabos.

Ese instante de aturdimiento me sirvió para meterme en el retrete y cerrar la puerta. Pero la estructura era precaria y no podría aguantar mucho tiempo dentro de ella.

Tenía que idear un plan, pero mis opciones eran escasas. No podía permitirme esperar a que mi agresor se cansase y se fuese, pues sabía que eso no iba a ocurrir. Tampoco conseguiría salir de los aseos saltando cubículos, porque estaba claro que Christian era más ágil que yo. Y, por último, no parecía una buena idea enfrentarme a él.

Sin embargo, no quería quedarme encerrada esperando a que pasase la tormenta, aunque una parálisis repentina me sobreviniese cada vez que estaba en peligro. Por eso, decidí decantarme por la opción más peligrosa: pelear.

Me asomé fuera del retrete y comprobé que Christian estaba distraído, así que debía darme prisa. Con mucho cuidado, descorrí el cerrojo, que apenas hizo ruido. Tomé aire y abrí la puerta lo suficiente para certificar que el chico no había cambiado de posición. Aquella sería mi única oportunidad.

Tenía a mi favor el factor sorpresa que a él le había servido para aturdirme, pero nada más. Estaba destinada a perder y, sin embargo, pasé a la acción.

Solo pude propinarle una patada en la rodilla que no consiguió gran cosa. En cambio, él sí logró su propósito. Me agarró por la camiseta y, de un empujón, me introdujo en el cubículo del que acababa de salir. Me golpeé en la cabeza con la pared de azulejos y uno de estos se agrietó. Intenté ponerme en pie, pero no tuve tiempo. Christian me asió del cuello de nuevo:

—Te voy a matar —me escupió.

Comenzó a pegarme en la cara con sus puños. Acto seguido, puso sus pies sobre mis rodillas. Él estaba en precario equilibrio; yo no podía escapar. Tenía la posibilidad de defenderme con las manos, así que intenté golpearle, pero siempre me esquivaba.

Hasta que uno de mis puñetazos ciegos acertó en su ojo derecho. Aquello

hizo que se enfadase aún más. Mi cabeza dio contra el suelo repetidas veces. Después, mi agresor trató de estrangularme.

En ese momento, ya no tenía esperanza. Sin embargo, cuando el aire comenzaba a escasear en mis pulmones, de repente, alguien abrió la puerta del cubículo de una patada. Era Marco, quien consiguió que Christian cesase en su empeño de asfixiarme con varios golpes certeros en su cara.

Cuando me vi libre de las garras de mi agresor, tambaleándome, me levanté del suelo repleto de salpicaduras rojas. Marco, con rostro inexpresivo y con los ojos ocultos por su cabello húmedo e indomable, puso una mano sobre mis hombros, obligándome a avanzar.

En la entrada de los aseos se encontraba Carlos, que me miraba fijamente sin comprender:

—Vamos a llevarla a mi despacho, ¿de acuerdo? —le explicó a Marco.

Mi amigo asintió y tanto él como el profesor me ayudaron a avanzar. Los pasillos estaban atestados de gente y, sin embargo, me dio igual que me señalasen con el dedo. Solo me dejaba llevar. Marco y Carlos me habían salvado la vida, pero yo era incapaz de hablar, de moverme y de experimentar cualquier sentimiento: estaba en estado de shock.

Al llegar al despacho de Carlos yo estaba al borde del desfallecimiento. Sin embargo, reaccioné cuando el profesor dijo:

—Marco. Quédate con ella. Ahora vuelvo.

Mi amigo asintió y Carlos salió corriendo.

Sentía la mirada de Marco sobre mí. Pero no la veía. Quería llorar y no podía.

Carlos regresó acompañado por otro profesor que me tendió amistosamente una bolsa de hielo. Mi tutor tomó entonces la palabra:

—Marco. Vamos a clase.

Mi amigo asintió y abandonó la sala con el profesor de Lengua y Literatura tras él.

El hielo intentaba enfriar mis ánimos y curar las heridas lacerantes de mi rostro, pero solo lo consiguió a medias. Antes de que diese comienzo una tensa conversación, recordé una cosa: ¿qué había pasado con Christian?

El despacho estaba en un insoportable silencio que yo misma me encargué de romper:

—Quiero irme a casa —protesté.

—Cuando hables conmigo podrás volver a clase —indicó mi interlocutor.

—No quiero hablar y tampoco tengo la intención de volver a clase —repuse con voz pastosa.

—¿Por qué no quieres charlar conmigo, si puede saberse?

—Porque no sé quién es usted, pero ya es muy tarde. No me ha salvado. El daño ya está hecho.

Mi mente estaba emponzoñada. Los pensamientos negativos anegaban mi cerebro y las palabras intentaron explicar lo que sentía. Intuía que lo que aquel hombre pretendía era endulzar una situación amarga. Pero la única que sabía de qué iba el juego mortal en el que me habían obligado a participar era yo. Solo yo masticaba el sabor de la sangre a diario.

—Me llamo Elías. Soy el psicólogo del instituto. No todo está perdido —respondió con voz ronca—. Nunca es tarde. Podemos ayudarte.

Su edulcorado discurso carecía de sentido para mí. Aquel tipo, cuyos ojos negros intentaban leerme el pensamiento, acabó con mi paciencia en solo dos frases.

—¿Por qué soy yo la que necesita ayuda? ¡Christian es el loco! ¡Me ha intentado matar!

—Tranquilízate...

—No es tan fácil pasar página. El daño físico casi siempre se va, pero el drama psicológico que he tenido que vivir no se marchará nunca. Seré incapaz de convivir con un pasado tan turbio. Usted no puede entenderlo. No sabe lo que se siente. Quiere hablar sin que las palabras salgan de esta habitación, para no manchar una reputación que ya no tiene. Aparece en el último minuto, le dan un diploma y se lava las manos con él. —Tomé aire —.Me cambié de instituto porque quería evitar que pasara, por ejemplo, lo que ha ocurrido hoy. Aunque siendo honesta, debo decir que no todo aquí han sido caras largas y falsedad. Hay gente que me ha querido ayudar. No pienso tener una conversación con alguien que estaba al tanto de este asunto desde el principio y, sin embargo, ha hecho como si nada. No le voy a dar mi versión de los hechos: solo la cuestionaría y afirmaría que si se meten conmigo por algo será. No quiero que se justifiquen las agresiones que sufro ni que se diga que las merezco. Respóndame a esto, por favor: ¿cuándo se lo dijeron?

Elías se quedó mudo con mi discurso. Eso o que en el tiempo que tardé en llegar a la puerta de su despacho no se le había ocurrido una respuesta para rebatirme. Intentó frenarme con un ademán conciliador. Pero yo esquivé su desgarbada figura y salí de allí a toda prisa.

Fuera del instituto, aunque solo eran las diez de la mañana, me dirigí a la estación de metro más cercana. Necesitaba ir a un hospital y, sin duda, mis padres opinarían lo mismo cuando me viesan. Pero, en ese momento, tan magullada como estaba, lo único que quería era llegar a casa y dormir, rezando para que si me despertaba todo hubiese sido una pesadilla.

En el vagón del metro, más tranquila, pensé que si Elías quería volver a hablar conmigo por lo menos tendría que agradecerle que había conseguido sacarme de un estado de aturdimiento perpetuo. ¿Por qué fui tan ruin con alguien que me intentaba ayudar? Porque su ostentoso despacho me mostró que era una de las personas con más poder en aquel instituto y yo creía que él

tendría que haber sabido lo que ocurría en el edificio en todo momento.

Volver a clase supondría jugarme la vida y no quería enfrentarme a ese riesgo. Cuando entendí que se había normalizado la violencia entre las personas de mi edad, dejé de luchar.

Christian era de nuevo una incógnita pues, en todo el tiempo que estuve en el instituto tras los golpes, no escuché mentar su nombre. Aunque cuanto menos supiese de aquel chico, mucho mejor.

La gente del vagón me dirigía miradas furtivas y supuse que mi aspecto daba pena o asco. Saqué mis auriculares de la mochila para abstraerme, cerré los ojos y dejé mi mente en blanco.

Ya al aire libre de nuevo, el camino hasta mi casa me resultó más largo de lo habitual. Iba renqueante, cojeando, con mis últimas fuerzas: luchaba a contracorriente para llegar al único lugar seguro que conocía.

Resoplé cuando, tras abrir la puerta de mi casa y escuchar atentamente, comprobé que no había nadie. Entonces, fui al baño y vomité hasta quedarme vacía. Luego, sin cambiarme de ropa, me metí en la cama, donde me dormí a los pocos segundos.

Pude soñar por fin. Al alejarme de las pesadillas, mi mente me llevó hasta el parque de El Retiro, donde Marco y yo, en una estampa idílica, nos encontrábamos remando en el lago, a bordo de una barca. No había dolor ni tristeza. Solo vida, amor y magia. Y, aunque estaba dormida, sentí que intentaba sonreír.

Unos toques en la mejilla y la voz de mi madre me sacaron de aquel mundo imaginario:

—¿Te encuentras bien? —me preguntó—. Ya está la cena.

Cuando me situé en mi habitación, dentro de la franja horaria

correspondiente, respondí con voz cavernosa:

—Si. Estoy bien. Ya voy —contesté desde el otro lado de las sábanas.

Mi madre salió de la habitación, momento que aproveché para ir al baño y comprobar mi aspecto. Ya no me apenaba lo que el espejo me mostraba. Lo que sentía era un profundo terror. No solo parecía un vampiro, con la piel blanca salpicada de heridas. No sabía seguir. No conocía el siguiente paso. Ya no valía continuar en el presente. Tenía que idear un plan o, de lo contrario, un error fatal daría con mis huesos bajo tierra.

Sin embargo, los futuros acontecimientos serían los encargados de mostrarme el camino. Después de varios meses viviendo en bucle, solo quería salir de la agresiva rutina que estaba acabando con la joven que un día había sido.

El cristal reflejó que una marca roja, en carne viva, rodeaba mi cuello. Decidí entonces coger del armario un jersey, que me permitiría ocultar la herida, pero, como contrapartida, me daría mucho calor.

Ataviada así, y todavía vestida con la ropa con la que había ido a clase aquella mañana, me dirigí al salón. Intenté no cojear con la intención de aparentar normalidad, pero mis padres se dieron cuenta de que algo iba mal pues, en cuanto me senté a la mesa, sus miradas reprobatorias me rodearon. Sin embargo, optaron por el silencio y la cena transcurrió sin palabra alguna.

Tras apurar los restos del postre, me levanté para recoger la mesa y mostrar a mis padres que estaba bien o que al menos aparentaba estarlo. Pero mi estrategia falló. Me tropecé, caí al suelo y, conmigo, también lo hizo el recipiente de cristal en el que segundos antes había estado mi helado. Permanecí en el suelo, sin saber qué hacer, peligrosamente cerca de los cristales rotos. Mi madre fue a la cocina a por la escoba mientras mi padre me cogía en brazos y me colocaba en el sillón. Me sorprendió la tranquilidad con la que ambos se movían, teniendo en cuenta lo que acababa de ocurrir.

Mi padre relevó a mi madre en la limpieza del suelo. Ella se acercó a mí y, con cuidado, me quitó el jersey. Ya sin la prenda que guardaba el secreto que ocultaba mi cuello, su gesto no cambió. Recorrió la herida con una

delicadeza pasmosa.

Cuando terminó, se quedó sentada junto a mí, sin moverse. Instantes después, mi padre, contrariado, también se sentó a mi lado. Ambos me envolvieron en un cálido y consolador abrazo, sin palabras, sin gestos, sin miradas.

Sin embargo, el momento quedó roto por la áspera voz de mi padre, que me hizo la temible pregunta:

—¿Qué ha pasado?

Explicar todo lo ocurrido aquella mañana supondría revivir el sufrimiento y la angustia. Para evitar eso, contesté de forma escueta:

—No quiero volver a clase.

—¿Cómo puedes decir eso? Faltan menos de dos meses para los exámenes finales —repuso mi padre.

—Tienes que seguir. Es por tu bien —añadió mi madre.

Yo, que no esperaba aquella reacción por parte de mis padres, decidí levantarme del sofá y, con un portazo, me encerré en mi habitación. Así terminó una infructuosa conversación que tendría otro nuevo capítulo a la mañana siguiente, en la representación de un acto más de la obra en la que mi participación había pasado a un segundo plano.

Todos los implicados estaban evitando depurar responsabilidades y, sin darse cuenta, cada una de las acciones que emprendería la gente que componía mi entorno me haría sentir un ser aún más pequeño e insignificante. Aposté por centrarme en el presente, pues todavía, hasta el nacimiento de un nuevo día, tendría tiempo de disfrutar de una noche que sería completamente mía.

Entré en mi cuarto hecha una furia. Con un rápido movimiento de mi brazo todo lo que había en el escritorio cayó al suelo. La mochila, que reposaba en una silla, también sufrió las consecuencias de mi ira: comencé a

zarandearla sin control, haciendo que el contenido se esparciese por toda la habitación.

Mi desahogo estaba lejos de acabar. Necesitaba autolesionarme, quería llegar a mi umbral de dolor, aunque en aquel momento casi lo rozaba. Pensé que si me hacía daño no sería capaz de razonar. Sin embargo, rectifiqué en el último segundo y comencé a golpear el mullido colchón de mi cama. Con eso conseguí no lastimarme, pero acumulé cansancio y logré dejar la mente en blanco durante unos instantes.

Mi enfado fue perdiendo fuerza. No tenía ningún plan que me sirviese para mejorar las cosas. Solo cruzaban mi mente ideas disparatadas, que si se llevaban a cabo, lo complicarían todo.

lo complicarían todo.

Me miré las manos, que sangraban. En ese momento recordé que por la mañana fui capaz de devolver algunos de los golpes que Christian me dio. Me vino a la memoria una frase que escuché el día anterior en la radio: “Todos tenemos derecho a una legítima defensa”. Estaba de acuerdo con aquella afirmación e, inconscientemente, había intentado llevarla a cabo, aunque sin obtener el resultado esperado.

No tuve agallas para comprobar el alcance de mis heridas. Solo me lavé las manos porque me daba apuro verlas así, con las marcas de mi defensa. Cuando mi piel mejoró su aspecto, decidí que necesitaba aire fresco. No quería respirar más dentro de mi habitación: notaba en mi pecho el inicio de un ataque de ansiedad.

Solo conocía un lugar al aire libre donde pasar una noche lejos del mundo. Sin embargo, si quería escabullirme sin ser vista, tendría que esperar a que todo estuviese más calmado, cuando mis padres se fuesen a dormir.

Ese momento llegó cerca de la medianoche. Desde mi huida desesperada a mi habitación después de la cena, tuve tiempo de ponerme el pijama. Vestida así, y con calzado deportivo, me dirigí a mi refugio, que

paradójicamente no había visitado ni una sola vez. Pero ahí estaba yo, en una noche cerrada, en la azotea del edificio.

La excursión que hice al trastero en busca de un buen disfraz de Halloween me sirvió también para darme cuenta de que al lado de aquel almacén de trastos había otra puerta, sin cerradura, que conducía a la azotea. En el ático, el suelo, de un rosa oscuro, casi rojo, mostraba los estragos que las inclemencias del tiempo provocaban en un lugar a la intemperie. Muros blancos protegían el gran rectángulo, en cuyo centro se erigía un pequeño cobertizo.

Me sorprendió comprobar que el tráfico, que a aquellas horas seguía fluyendo, desde mi elevada posición apenas se escuchaba. Era como el zumbido de una colmena de abejas que se encontrase a una gran distancia.

Me froté las manos. Allí arriba hacía frío y yo no llevaba ropa de abrigo. Me senté en una esquina, simplemente para dejar pasar el tiempo. Pero no podía permanecer inmóvil.

En contra de lo que indicaba el vértigo, esa sensación que me había acompañado toda la vida, la encargada de prohibirme realizar sueños imposibles, me acerqué a la barandilla que protegía uno de los muros.

Allí, donde la luna proyectaba mi sombra en el suelo granate, me di cuenta de que el vértigo no solo era el miedo a las alturas. Había mucho más detrás de aquel temor. Sentía mareos porque las decisiones que tomaba me acercaban al precipicio. Además, el mal de altura también acabaría apareciendo cuando intentaran obligarme a volver a clase. En ese caso, mi cuerpo reaccionaría vomitando mientras mi voz, desprovista de toda fuerza, suplicaría con silenciosos gritos no pisar la calle.

A pesar de todo, bajé la vista, lo que hizo que perdiese energía en las piernas y cayese hacia atrás. La presión de tener diez pisos bajo mis pies fue demasiada. Me di cuenta de que yo no era como Daniel: ni tan fuerte, por mucho que le pesase a Marco, ni dispuesta a suicidarme, aun sabiendo que arrojándome desde aquel ático tenía casi asegurado perder la vida.

Cuando me recuperé del mareo, decidí volver a mi piso e intentar dormir

un poco bajo el calor de las sábanas de mi cama, que ya empezaba a echar de menos. Al día siguiente tendría otra oportunidad de mejorar una situación que no tenía visos de cambiar.

Aquella mañana de martes no se esfumó mi firme propósito, adquirido el día anterior, de no volver a clase. Sin embargo, mis padres no eran fáciles de convencer. Me despertaron unos fuertes golpes en la puerta de mi habitación. Mi madre me llamaba desde el otro lado:

—Elena. Levántate ya o llegaremos tarde.

Salí de la cama de un salto y corrí hacia la puerta:

—¿Qué pasa? —pregunté

—Vamos al instituto.

—Ya os he dicho que no quiero volver.

—Pero lo harás. De eso nos vamos a encargar hoy. ¡Date prisa!

Lanzando un suspiro apenas audible, asentí y volví a entrar en mi habitación. Me aisé, me vestí con lo primero que encontré en el armario y me atusé mi rebelde cabello. Un cuarto de hora más tarde me dispuse a desayunar. La mano de mi padre me frenó en seco cuando iba a coger una taza.

—No te entretengas —dijo mientras me tendía una barrita energética—. Nos vamos.

En el coche mordisqueé sin ganas el tentempié relleno de trozos de fruta y me dediqué a imaginar lo que podría pasar aquel día. Pero solo la realidad me mostraría todas las caras y aristas ocultas del asunto.

Cerca de las ocho y media de la mañana, después de sortear todo el tráfico que taponaba las calles del centro de Madrid, entramos en el instituto.

—¿Dónde están los despachos? —me preguntó mi madre.

—En el tercer piso —respondí.

Subimos por las escaleras. Yo caminaba detrás de mis padres mientras ellos consultaban los carteles que pendían de cada una de las puertas. Ambos frenaron al mismo tiempo cuando estuvimos al final del pasillo, ante una gran puerta verde. Según la información que se podía leer en un papel situado en la pared, allí se encontraban los despachos del orientador, el del jefe de estudios y el de la directora.

Con una media sonrisa en el rostro me dije que aquello podría ser entretenido. Sin embargo, las diversiones no estaban reservadas para mí.

Carlos nos recibió cuando mi padre llamó a la puerta del despacho de la directora:

—Pasad —dijo.

Mis padres avanzaron hacia el interior de la habitación. Yo iba a seguir sus pasos cuando el profesor, con sus manos sobre mis hombros, me dijo:

—Tú tienes que quedarte fuera.

—¿Qué? —pregunté atónita.

—Luego hablamos. Ve a clase —repuso Carlos a modo de disculpa antes de entrar en el despacho y cerrarme la puerta en las narices.

Decidí sentarme en un banco del pasillo porque creía que la conversación a la que se me había prohibido asistir no se alargaría demasiado.

En efecto, menos de una hora después de haberse cerrado, la puerta del despacho de la directora volvió a abrirse. Me puse en pie. Mis padres fueron

los únicos en abandonar la sala. Cuando me vieron, se acercaron a mí.

—¿Qué han dicho? —inquirí ansiosa.

—Tendrías que haber ido a clase —me reprendió mi madre, desoyendo la cuestión que le había formulado.

—Os he preguntado que qué ha pasado —repetí, silabeando cada una de las palabras.

—Ya te lo contaremos en casa —contestó mi padre—. Ahora, a clase —concluyó secamente.

Aguanté la mirada de mis padres durante unos segundos, sin pestañear ni moverme del sitio. Pero, como no quería montar un espectáculo, con un movimiento rápido, me fui de allí. Cuando estuve al otro lado de la gran puerta, corrí por el pasillo vacío y bajé las escaleras de dos en dos.

Antes de entrar en el aula, no pude evitar pararme delante de mi taquilla. Coincidiendo con el sonido del timbre, me puse a golpear aquella pequeña puerta verde, que se quejaba de mis rechazos produciendo un desgarrador ruido metálico. En los segundos siguientes a ese primer golpe mi movimiento seguía siendo frenético. Mis pies y mis manos formaban una armonía perfecta, como si de un baile se tratase. Luchaba contra mis fantasmas, aun sabiendo que eso no pondría fin a los problemas.

En un momento dado, justo cuando se abrió la puerta del aula, mis golpes a la taquilla, que acabó abollada y abierta, cesaron. Entonces yo, que ya sabía quién era el culpable de todo lo malo que me estaba ocurriendo, decidí tomarme, por fin, la justicia por mi mano.

Hecha una furia, entré en la clase y busqué a Christian, quien se encontraba mirando por la ventana. Cuando estuve a la suficiente distancia como para saber que era imposible errar el tiro, le arrojé a la cara un folio en blanco que había encontrado en mi taquilla y con el que previamente hice una bola.

Sabía perfectamente que mi gesto despertaría de nuevo la risa de todos.

Pero también deseaba que mi agresor entendiese que si había que luchar estaba dispuesta a hacerlo.

De repente, desde la puerta del aula, la voz de Carlos me sorprendió:

—¡Elena! Fuera de clase.

Di un respingo y me giré asustada. Allí estaba el profesor, taladrándome con una mirada de ojos encendidos. Mi enfado creció. Recogí la bola de papel del suelo y, cuando pasé junto a Carlos, la lancé a la papelera, donde entró limpiamente. Para aportar más dramatismo a la escena e infinitos puntos en mi contra, salí de la clase dando un portazo.

Tenía claro que el profesor no me dejaría entrar en el aula hasta que acabara su clase. Creyendo que el tiempo transcurriría a mayor velocidad si hacía algo productivo, me puse a trastear con la taquilla para intentar arreglarla. Pero las bisagras acabaron cediendo y la puerta cayó al suelo acompañada de un fuerte estrépito que me hizo dar un salto hacia atrás. Cuando iba a recogerla, otra mano se alargó y la asió. Levanté la cabeza. Era Elías:

—¿Qué pasa contigo? —me interrogó.

—Nada —respondí.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro? —indagó señalando el aula con una mano mientras todavía sujetaba la puerta de la taquilla con la otra.

—Carlos me ha echado.

—¿Por romper la taquilla?

—No. Eso fue antes. Le he lanzado una bola de papel a Christian —confesé, divertida por lo ridículo que me parecía aquel acto en comparación con el daño que mi agresor me había infligido.

Elías suspiró cansado:

—Vamos a hablar a mi despacho.

Yo hice una mueca despectiva antes de contestar:

—¿Y qué pasará si Carlos sale de clase y ve que no estoy?

—Tú déjame a mí. Ve a mi despacho.

Yo asentí y, aunque no tenía ganas, obedecí su orden. Mientras me alejaba hacia las escaleras, pude escuchar como Elías llamaba a la puerta del aula.

Llegué sin problemas al despacho de Elías y cerré la puerta. Después, me senté en una silla de madera que estaba al otro lado del escritorio, frente a un asiento acolchado. Aquel ambiente me intimidaba. Sin embargo, esa sensación se transformó en vergüenza cuando Miranda, la directora del instituto, entró en la sala.

Me giré en la silla y tuve el tiempo justo para contemplar cómo la mujer me miraba ojiplática y con la boca abierta, seguramente preguntándose qué hacía yo allí. Pero eso fue todo pues, en vez de sentarse al otro lado de la mesa y charlar, como en noviembre en el despacho de Carlos, esta vez se fue, acabando con cualquier posibilidad de entablar conversación.

El tiempo me demostraría que aquella primera reunión que tuvimos también sería la última. Elías llegó a los pocos minutos, cerró la puerta, abrió la ventana y me dijo:

—¿Quieres algo de beber?

Asentí en silencio. También tenía hambre porque solo había desayunado una barrita energética, pero eso no se lo dije. No quería abusar de una amabilidad que intuía fingida.

Elías me sirvió un vaso de agua fría proveniente de una de las botellas que abarrotaban un pequeño frigorífico camuflado en la parte baja de la estantería que presidía la habitación. Apuré el líquido de un solo trago. Él se atusó el pelo y comenzó a hablar en lo que supondría para ambos un interrogatorio con resultados muy dispares pues, mientras él conocía más

datos sobre mí, yo ganaba en confusión:

—Carlos no te ha echado de clase solo por lo que me has contado, ¿no?
—razonó Elías, mirándome a los ojos mientras negaba con la cabeza.

—Muy bien. No te lo creas. Pero así ha sido. Lo que pasa es que vosotros tenéis una mirada selectiva: veis lo que queréis.

—Eso no es verdad. —dijo, modulando su voz, en la que se percibía un cierto enfado.

Respiré hondo y contraataqué:

—Sé que me ocultáis cosas —me crucé de brazos—. No me iré de aquí hasta comprender por qué.

Elías clavó sus ojos en los míos, pero yo bajé la cabeza. Finalmente, el orientador respondió a mis requerimientos, aunque solo en parte:

—Todos creemos que sería contraproducente hablar del tema contigo.

—¿Todos? ¿Todos estáis de acuerdo? ¿Mis padres también?

—Si. Incluso ellos. Cálmate.

—Ya estamos otra vez —suspiré exasperada.

—Si. Otra vez. Hay más maneras de decir las cosas.

Mi enfado dejó paso a la sorpresa.

—Como Christian, cuya única forma de hablar conmigo es pegarme palizas de muerte, ¿no? No me hagas reír.

—No me hables así. No vamos a tratar el acoso escolar ahora. No sería bueno para ti.

—Ni para el instituto. No lo entiendo. No sé si no queréis, no sabéis o no podéis ayudarme—¿Hacia el precipicio? —ironicé—. No. Gracias. Ya estoy

al borde de la caída.

—No nos conocemos. No sé por qué me tratas así. Que sea la última vez que me das una contestación tan inapropiada—me encaró Elías.

—Precisamente de eso me quejo —repuse desoyendo su amenaza—. No sabéis nada de mí ni de mi pasado y pretendéis acabar con esto sin que yo forme parte. Es mi problema, pero también el vuestro. No me dejéis pensar que en todos los colegios e institutos ocurre lo mismo. No quiero creer que nadie aprende de los errores, que hay gente sufriendo por incompetencia o incomparecencia de las personas que pueden salvarnos. Yo no soy la raíz del problema ni la causa del conflicto. Es posible que tenga que aprender a defenderme. Pero hay que enseñar a otros el camino de la paz

—Es más difícil de lo que crees.

—Tal vez tengas razón. Pero da la impresión de que no lo intentáis. Eso es lo que más duele.

—Te prometo que estamos en ello.

—No tengo pruebas.

—Las tendrás —aseveró el psicólogo.

—¿Cuándo? ¿Cuándo sea demasiado tarde?

—No. Pero déjanos trabajar. Para eso estamos aquí.

Intenté que no se notase que aquello me había dolido. ¿Cómo era posible que yo misma fuese el obstáculo que impedía la resolución de todos mis problemas? ¿Qué tenía que hacer? ¿Guardarme los secretos como siempre? ¿Aparentar que todo estaba bien, aunque los golpes no cesasen? Llevaba toda la vida callando cada herida porque había comprobado que hablar descosía cicatrices. Aceptando que a pesar de las palabras huecas estaría sola ante el peligro, me puse en pie y, sin despedirme, salí del despacho.

Mientras bajaba por las escaleras para volver a clase, analicé aquella charla insustancial que apenas había durado unos minutos. El universo estaba

siendo injusto conmigo. Me encontraba metida hasta el fondo en un barrizal espeso lleno de problemas que ni yo sabía solucionar ni otros querían conocer.

Me di cuenta de que le gritaba al vacío, que no tenía eco y, por lo tanto, no me animaba a dejarme atrapar por él. La cercanía de la muerte le estaba dando voz a mis pensamientos.

¿Cómo parar el tiempo e idear un plan que me sacase de aquel pozo sin salida? Esa llave había caído a lo más profundo de esta historia. Formaba parte del mundo, pero, para todos, yo ya no era nadie.

De repente, mi hilo de pensamientos se cortó: la puerta del aula se había abierto. Carlos salió de clase en primer lugar. Nuestras miradas se cruzaron, pero a los dos nos faltaban las palabras, así que cada uno siguió su camino.

Entré en clase y todos se giraron para mirarme, pero nadie dijo nada. Me dirigí a mi asiento sabiendo que estaba siendo observada con lupa. Cuando me senté en mi pupitre, al lado de Marco, este no me habló, supuse que en un intento de que me calmase, algo ya casi imposible a esas alturas.

A veces mi amigo me trataba con madurez, como en aquel momento, pero, en otras ocasiones, me exasperaba su altanería. Además, en los últimos meses, tenía cambios de humor repentinos y, aunque yo también sufría los míos, no me daba cuenta.

Marco me sonrió. Cuando lo hacía, cada vez menos, era imposible no devolverle el gesto. Nuestras miradas cómplices, sin embargo, terminaron ahí, pues el siguiente profesor, el de Matemáticas, acababa de entrar en clase.

Llegó el recreo y, con él, la hora del almuerzo. Había perdido el apetito, pero le dije a Marco que me pidiese un bocadillo.

—Ahora vuelvo —agregué, respondiendo a su mirada interrogante.

Él asintió y yo fui al baño. No me encontraba bien. Todo pasaba muy deprisa y era esa gran velocidad la que me impedía enfrentarme con más

calma a lo que estaba viviendo.

Me miré al espejo y este me devolvió una imagen demacrada. Parecía que hubiese envejecido al menos cinco años en los últimos meses. Cada vez estaba más acomplexada y, cuando vi que mis arrugas, provocadas por el estrés, se habían multiplicado, me sobrevino una sensación de cansancio que me obligó a apoyarme en el lavabo para no caerme.

Me dije, en aquellos segundos en los que intenté recobrar la compostura, que ya no era la misma que cruzó las puertas del instituto aquel día de mediados de septiembre. Había intentado cambiar porque quería que los sucesos ocurridos en el pasado no volviesen a suceder. Sin embargo, mi esfuerzo no sirvió de nada. Todo se había repetido, pero a mayor escala. La gente veía las heridas que surcaban mi cara. Solo yo sabía que mis peores llagas eran las que tenía abiertas por dentro.

Mis decisiones nunca se habían caracterizado por ser inteligentes. Solo había jugado a ganar tiempo sin saber las reglas que regían su funcionamiento. No hice nada más que avanzar en círculos. Descubrí que lo único bueno de aquel año académico, aparte de las amistades adquiridas, habían sido los ratos de soledad en mi cuarto, donde me sentía realmente libre, alejada de los problemas.

Solo debía sobrevivir hasta superar o ceder ante todas las dificultades. Mi fin había llegado, pero yo intentaba dilatarlo todo lo posible.

¿Para qué? Así solo alargaba mi sufrimiento, sabiendo que lo inevitable tenía fecha. Tal vez esperaba una señal, un momento por el que hubiese merecido la pena mi mísera existencia. Como había comprobado ya en infinidad de ocasiones, el rencor no se marchaba de mi vida, solo se hundía en el interior, cada vez más al fondo.

Era inverosímil, pero algo en mi mente me animaba a seguir. El deseo de demostrar que realmente era muy valiente y que mi coraza autoimpuesta me protegería de mis enemigos era mucho más fuerte que la idea de acabar con todo en un suspiro. No quería defraudar a los que creían firmemente en mí. Había llegado muy lejos como para tirar mi vida por la borda en aquel momento.

Unos golpes en la puerta del aseo y una voz conocida interrumpieron de pronto aquel hilo de reflexiones:

—¿Estás bien? —dijo Marco desde el otro lado de la puerta.

Me atusé el pelo, me lavé la cara y, cuando salí de los aseos, respondí:

—Mejor que nunca.

Apuré los restos del almuerzo en clase. Cuando sonó el segundo timbre, ese que servía de toque de atención para los rezagados, tragué rápidamente el último trozo de pan. Ferrán, el profesor de francés, llegaría en cualquier momento.

—Marco, ¿podrías venir a mi casa esta noche?

Mi amigo, que murmuraba palabras inconexas en francés, practicando por si el profesor le preguntaba, se giró en su pupitre y repuso extrañado:

—¡Claro! ¿A qué hora me paso por allí?

Su pregunta quedó sin respuesta porque la clase ya había empezado. Necesitaba dialogar con Marco urgentemente y, como hablar en el aula o tener encendido el móvil estaba estrictamente prohibido por el profesor, decidí volver a usar un método infalible en mi infancia, cuando la tecnología no lo mediatizaba todo. Arranqué un trozo de papel de mi cuaderno y escribí en él con mi mejor letra:

A las doce.

Él me contestó con su caligrafía perfecta:

¿Por qué tan tarde?

Yo le devolví el folio con mi respuesta:

Confía en mí.

Vi como Marco, nervioso, daba vueltas al bolígrafo que tenía entre las manos para al final garabatear:

De acuerdo.

Mi amigo se mordía el labio inferior. Yo sabía que mi petición le resultaba extraña. Finalmente, no pudo aguantar más y expresó, en voz demasiado alta, lo que pensaba:

—Me estás asustando —me confesó en un susurro que resultó atronador.

Ferrán, cuyo oído no funcionaba correctamente, pues lo escuchaba todo, pero entendía solo la mitad, nos llamó la atención:

—Marco, ¿qué te asusta?

Mi amigo, sonrojado a causa de lo embarazoso del momento, consiguió inventarse una respuesta plausible en un par de segundos:

—El examen —dijo con voz temblorosa.

Esa falsa confesión provocó dos reacciones. Por una parte, la clase estalló en carcajadas. Pero, por otro lado, esa mentira engañó a Ferrán quien, con un gesto de la mano, nos hizo callar a todos y mirando directamente a Marco le dijo:

—En las evaluaciones anteriores tienes un diez. No veo por qué te tendría que dar miedo este examen, ya que es una revisión de todo lo que hemos visto durante el curso. Pero, si quieres, puedes quedarte después de clase y te explico lo que no entiendas, ¿de acuerdo? —Marco asintió en silencio. Ferrán continuó—. Si a alguien más le gustaría quedarse esta tarde aquí para afianzar conocimientos, que hable ahora o calle para siempre —repuso mirándome directamente.

Yo bajé la cabeza. No llevaba bien aquella asignatura, pero todo lo académico había dejado de importarme. La clase siguió y, hasta el final de esta, no hubo más interrupciones.

La tarde en casa estuvo marcada por el rencor y los reproches, aunque yo sabía que en aquella disputa tenía asegurada mi parte de razón. Mis padres actuaban guiándose por lo políticamente correcto, sin tener en cuenta mis sentimientos. Yo, en cambio, me dejaba llevar por ensoñaciones e invenciones de acciones futuras exageradas: lo que pensaba que podía ocurrir al día siguiente en el instituto siempre resultaba ser una creencia infundada.

Cada vez que mi madre trabajaba hasta tarde y me llamaba por teléfono a casa para preocuparse por mí, si se despedía con besos, yo finalizaba la llamada antes de tiempo. No es que no quisiese a mis padres, sino que me costaba mentirles y aparentar que estaba bien cuando no era verdad.

Las vías de comunicación se habían roto definitivamente. Las grietas dejaron paso al desastre. Sin embargo, el derrumbe fue causado por ambas partes, ya que todos asistimos a la progresiva erosión de los tabiques de nuestra estructura familiar y no fuimos capaces de actuar para frenar el deterioro.

La distancia fue otro dardo en mi diana. Paradójicamente, todo aquel sufrimiento, que yo sentía como agudas agujas sobre mi cuerpo, me dio el poder, por fin, de aceptar mi destino. La razón, en mis últimos días, abandonaría a todas las personas de mi entorno, quienes me querían mantener cerca de su corazón a toda costa creando conmigo recuerdos nuevos cada día.

Aunque yo tenía el anhelo de acabar con el dolor, mi deseo no se cumplió porque el día de mi cumpleaños no pude soplar la vela sobre la tarta para elevar mis ambiciones al cielo. El único trozo de pastel que probé aquel año, el último viernes de mayo, tuvo un dulzor amargo.

Bajé al portal a las once y media de aquella noche. Por fuera temblaba y, por dentro, un hormigueo me impedía pensar con claridad. Marco no llegaría a mi casa hasta treinta minutos más tarde. Sin embargo, como siempre me sucedía cuando estaba nerviosa, las paredes de mi habitación parecían venirse abajo con cada respiración.

Marco no sabía a qué venía a mi casa y yo no me podía permitir que

despertase a mis padres llamando al telefonillo. Un virus estomacal les había dejado en fuera de juego y ambos se habían ido a dormir temprano. Aquel sería mi momento.

El tiempo pasó muy rápido, como sucedería hasta mi último día, cuando el movimiento de las agujas del reloj se ralentizaría de nuevo. Me encontraba en la calle, presa de un frío impropio de una ya avanzada primavera. Escrutaba el escaso territorio que abarcaban mis ojos cuando, de pronto, sentí una mano sobre mi nuca. Mi primer impulso fue alejarme de aquella presencia que había perturbado mi espera. Pero la voz de Marco calmó mis instintos al instante:

—Tranquila. Soy yo —me susurró al oído, acariciándome lentamente con sus palabras.

Suspiré aliviada. Pasado el susto, rebusqué en el bolsillo de mi cazadora el manajo de llaves que siempre llevaba conmigo. Una vez encontrado, lo difícil fue acertar con la llave correcta, pues aquella era una noche sin luna. Viendo que mis intentos no daban resultado y percibiendo que mis nervios iban en aumento, mi amigo acercó su mano a la mía y me arrebató aquel amasijo de metal que me estaba llevando por la calle de la amargura.

Una vez abierta la puerta, me cedió el paso. Lo guie hasta el ascensor, en el que pulsé el botón del décimo piso. Mi amigo sabía que mi casa se encontraba en el quinto, pero me dejó hacer, expectante.

Nuestras entrecortadas respiraciones marcaron el ritmo. En el último piso dejé a un lado las escaleras que llevaban al estrecho pasillo lleno de trasteros y fui hacia la azotea. Marco me siguió.

El aire fresco respirado a esa gran altura provocó un cambio en mi forma de afrontar aquella noche, pues la fuerza y determinación que había sentido a la hora de tomar mi decisión y que habían desaparecido a lo largo de la tarde, reaparecieron unidas a la brisa nocturna, que me ayudó a recargar energías.

Marco se contagió al momento de aquel repentino ímpetu que me había embargado y se puso a mi lado mientras me dirigía al cobertizo del ático, cuyo tejado lograría a duras penas resguardarnos de las bajas temperaturas.

Me senté en el suelo apoyando la espalda en la pared blanca de aquel improvisado refugio. Marco me imitó, colocándose junto a mí. Permanecimos unos minutos callados y, simplemente, miramos al cielo que se extendía ante nosotros. Nuestros ojos llorosos reflejaban las estrellas y, ajenos a otras realidades, disfrutamos de nuestra mutua compañía.

Cuando comencé a hablar, comprobé que las palabras serían mi mejor abrigo. Tras tomar una gran bocanada de aire, le conté a mi amigo la razón que nos había llevado hasta allí:

—Este es mi escondite. Aquí me siento alejada del mundo porque pienso que los problemas se han quedado diez pisos más abajo. Puedo llorar sin ser escuchada; reír y asustarme de mi carcajada. Lo único que logrará que las personas de mi entorno estéis a salvo es callar y aparentar normalidad. Eso será lo que haré a partir de ahora. Al menos hasta que acabe el curso. Mi intención es huir de todos estos líos. Solo así lo conseguiré. —Marco intentó interrumpirme, pero se lo impedí posando mi dedo índice sobre sus labios.

Fue una acción desconcertante para ambos, pues éramos amigos y no habíamos transitado fuera de los besos en la mejilla y los abrazos. La nuestra era una amistad inocente.

—Si. Ya sé lo que pensarás —continué—. De hecho, ya me lo dijiste una vez: huyendo, en realidad, no escapo de ninguna parte. —Marco asintió imperceptiblemente—. Sé que el pasado ya no volverá: eso no lo puedo cambiar. Conjeturar sobre el futuro también está de más. Pero me encuentro cansada, sin fuerzas para enfrentarme al mundo. Y, aunque si quiero sobrevivir tengo que ser capaz de salvar sola algunos obstáculos, pues habrá momentos en los que nadie pueda ayudarme, alejarme de todo y encarar lo inevitable será la única forma de no morir en el intento.

Marco y yo nos quedamos en silencio largo rato. El vacío que las palabras habían dejado en mi corazón no era placentero, sino turbador. Mi amigo estaba serio y se mordía el labio inferior, gesto que solía hacer, inconscientemente, cuando necesitaba concentrarse.

Tras unos minutos en los que lo único que escuchamos fueron nuestras respiraciones ateridas por el viento, mi amigo comenzó a hablar, en una voz

apenas audible, perdido en sus pensamientos, con una expresión vacía de todo sentimiento. Ambos habíamos comprendido, al mismo tiempo, que solo la vida tenía la respuesta al final de la historia de nuestra amistad.

—Elena. —Marco pronunció mi nombre paladeando cada letra—. Sé que lo estás pasando muy mal. No solo has sufrido este año. Toda tu infancia ha estado marcada por el dolor. ¿Me equivoco? —Yo negué con la cabeza mientras él deshacía el nudo que se había formado en su garganta y se aguantaba las ganas de llorar—. Estamos en el tramo final. Los últimos días. Después, ya serás libre. —Las palabras salían atropelladas de su boca. Tenía prisa por hacerme comprender—. No te rindas. ¡No! —gritó aullando a la noche—. Ya sé que te infravaloras y comprendo que esa idea que tienes sobre ti misma no va a cambiar, por mucho que tus padres y yo te digamos que vales mucho. Pero no puedes dejarlo. No eres de esas personas veleta. Tú, antes de que las pesadillas nublaran tus noches, tenías sueños, razones por las que valía la pena vivir con una sonrisa. Sé que has peleado por mí, aunque mi amistad te la ganaste el primer día. Pienso que no son celos lo que sientes cuando me ves con Andrea. Soy feliz con ella y también contigo. Yo estoy velando por ti, porque en contra de lo que piensas, no estás sola. Créeme: tus decisiones y estados de ánimo nos afectan a todos.

No recuerdo el momento preciso en el que comencé a llorar, pero, cuando hablé de nuevo, litros de tristeza y emoción inundaron mis palabras:

—Sé que conoces algunos de mis secretos, ya que mis padres te han hablado de mí a mis espaldas. Supongo que ven en ti a alguien lleno de verdad; que daría la vida por mí. Sabrás entonces que, hasta mi llegada a nuestro instituto, las agresiones que había sufrido eran, sobre todo, psicológicas. Esos golpes son los que más duelen, ya que no hay medicamento que los cure. —Marco abrió la boca para decir algo, pero se interrumpió y, con un pequeño gesto, me animó a seguir hablando—. Cuando llegaba a casa y entraba en mi cuarto, mi primer impulso era arrasar con lo que estuviese en mi radio de acción y solía autolesionarme arremetiendo con mis nudillos contra cualquier pared. Aquello no servía de nada y, además, no me enfadaba con mis agresores porque pensaba que tenían razón; que mi vida no le importaba a nadie. Me he dado cuenta tarde. Mi dolor y las acciones provocadas por un sentimiento que vuelvo a experimentar, salpican a las

personas que verdaderamente me importan. Sé que no estoy sola —concluí—. Pero mi sufrimiento es intangible e intransferible, un infierno en el que no quiero veros ni a mi familia, ni a ti, ni al resto de la gente que me ha apoyado. Si alejaros de mi lado no funciona y minimizar los problemas evitando exponerme a ellos no da resultado, no sé qué hacer. Iré a clase durante lo que queda de mes y en mayo únicamente asistiré a los exámenes finales. Mientras tanto, intentaré estudiar. Este es mi refugio y puedes venir cuando quieras. En apenas unas semanas seremos libres. ¿Quién sabe? Puede que nuestra historia tenga un final feliz. Júrame que seguirás adelante. Es lo único que te pido. Yo estaré bien. Necesito volver a mi vida sin ataduras. Lo entiendes, ¿no?

Marco asintió e intentó hablar, pero la voz, atascada en su garganta, no quería salir. Tras varios intentos, mi amigo consiguió tragar saliva y controlar sus emociones, lo que logró que sus palabras brotasen de nuevo—Son afirmaciones muy duras, pero, por mucho daño que me hagan, sé que tienes razón. Todo el mundo puede necesitar alejarse de lo que le atormenta y, aunque comprendo tu decisión de tomar distancia con el instituto porque allí han sucedido todas tus desgracias, no comparto tu determinación de rendirte a estas alturas del curso. Tú eres una luchadora.

Debía elegir sabiamente mis últimas frases, pues quería que antes de irse, mi amigo dejase atrás su mirada vacía y su voz estrangulada, anegada por las lágrimas que el corazón lloraba por dentro. Así que comencé la última parte de mi discurso:

—La vida no es justa y ambos lo sabemos. Cuando estudiaba en el otro instituto me sentía sola porque pensaba que solo yo sufría; que el mundo estaba en mi contra —confesé—. Creía que había malgastado el pasado, que ya no me quedaba futuro por vivir, que todos estaban empeñados en que muriese de dolor. Tras conocerte a ti, he cambiado. Tú me has mostrado el lado bueno de la existencia y me has enseñado que por muy bien que estemos ante la gente, la soledad hace que regresen nuestros viejos fantasmas. Has añadido nuevos colores a la gama de grises que tiñe mi vida. Y, aunque mi realidad es un infierno, tú has hecho que mantenga la cabeza fría durante mucho tiempo. Siempre he pensado que la única víctima de todo esto era yo. Pero, si las personas a las que quiero no se alejan del peligro, esta historia, que yo he vivido como una película de terror, no tendrá final feliz para nadie.

Marco, de repente, rompió el monopolio de mi voz en aquella noche estrellada y fría:

—Pero no lo entiendo. Ya no queda nada. ¡Solo un último esfuerzo! — exclamó.

Asentí comprensiva y, acto seguido, retomé el mando de la conversación:

—La historia se repite —repuse con voz neutra—. La vida es un remolino que me engulle. El peso de todo lo vivido me aplasta. No podré seguir si no me hago más fuerte. Siempre he sido la víctima fácil. Me han humillado. Se metían conmigo para tener un rato de diversión. Soy un juguete roto — argumenté con voz ronca.

Decidí que mis ojos llorasen y fue entonces cuando Marco se acercó y me abrazó. No hubo más palabras. Mi último recuerdo de esa noche fue el calor que me dio su gesto en aquellas horas intempestivas. Con la muerte en el espejo retrovisor, me resultó sencillo reunir todo lo que aún no estaba dicho. Aquella vez sí que fue fácil leer el silencio entre líneas.

Al fin pude tener un tiempo solo para mí; en calma antes de la tormenta. Tras un año lleno de dolor, los días que transcurrieron hasta el inicio de los exámenes finales fueron el último reducto de felicidad del que disfruté. Desde aquel primer lunes de mayo, en el que el calor se instaló en mi refugio, viví recluida en mi casa, privada del tenue olor estival.

Aquella mañana de finales de mes, en sueños, me pareció intuir la luz al final del túnel. Sin embargo, cuando abrí los ojos, supe que cada minuto que pasaba era uno menos en una cuenta atrás que iba perdiendo cifras.

La última semana de curso estaría llena de pruebas de tipo académico. Había llegado el momento de volver al instituto después de mi prolongada ausencia, porque si no lo hacía no podría presentarme a los exámenes. Mis padres no se habían percatado del cambio de rutina en mi vida, pues se iban a trabajar antes de que me despertase y volvían a la hora de comer.

Aquel viernes sería el último día lectivo que pasaría fuera del instituto. En contra de lo que pensaba, el reposo no me había hecho más fuerte, sino temerosa del futuro. Me extrañaba que ni Carlos ni la directora hubiesen llamado por teléfono para comunicarles a mis padres mis reiteradas faltas de asistencia. Eso solo podía significar dos cosas: o me daban la oportunidad de volver cuando estuviese preparada para hacerlo o habían informado a mis padres sobre mi conducta sin yo saberlo. Teniendo en cuenta las decisiones tomadas en el pasado, me incliné por la segunda opción, lo que significaba que o todos estaban muy enfadados conmigo o me habían dejado libertad para avanzar.

Si me quedaba en casa no era solo por miedo. No estaba enferma, aunque mi palidez mintiese por mí. Aun así, seguía adelante, con una fuerza de

voluntad bajo mínimos, pues la esperanza me había abandonado para no volver.

Me temblaban las piernas solo con pensar en salir de casa. Las manos me bailaban si tocaba el picaporte de la puerta que daba acceso a la calle. Necesitaba ayuda. Sin embargo, precisamente porque sabía que no tenía fuerzas, estas me faltaban para pedir auxilio.

Ya era demasiado tarde para todo. Mi alma estaba herida de muerte. Pero yo seguía en mis trece: fuerte por fuera, débil por dentro. Aunque me sentía en apuros y pensaba que nada ni nadie iba a conseguir acabar con el infierno, me dije que no me iban a vencer fácilmente.

Tumbada en la cama, terminé por perder la noción del tiempo. Igual que sabía que mis noches de domingo siempre acababan mal a causa del insomnio, encontrarme inmersa en una cuenta regresiva me estremecía.

Un dolor conocido me oprimió de nuevo. Comencé a sentir calor y mi frente se perló de sudor. Con el paso de los minutos, un malestar constante me traspasó el cuerpo.

Me levanté con gran esfuerzo con la intención de comprobar si así aquel momento de debilidad pasaba. Pero entonces aparecieron las náuseas y los mareos. Con rápidos reflejos, me dirigí al baño, donde empecé a vomitar.

Expulsar toda aquella bilis no me sentó bien. El esfuerzo me hirió, como intensos y firmes puñetazos en el estómago. Después de unos segundos, me encontré vacía y ahogada entre roncadas toses.

Mis ojos azules desenfocaron la realidad apagándose con intermitencias. Estaba viviendo una lucha interior para que el mareo no me venciese de nuevo.

Durante aquellos minutos de angustia no grité, no me quejé; no sentí la molestia lacerante propia de las cicatrices que suturan. Era una extraña en mi propio cuerpo.

Con la parte de mi mente que aún seguía despierta después de aquel

amago de desfallecimiento, pensé que, si no sentía el dolor, eso quería decir que ya me había acostumbrado a él. Un escalofrío me recorrió por completo entonces, pues siempre creí que el sufrimiento era algo que nunca abandonaba al ser humano.

Mis pasos, al volver a la habitación, fueron medidos, pues parecía que si exigía demasiado a mis huesos estos dejarían de sostenerme. A pesar de todo, me di cuenta de que, por muy mal que yo estuviese, siempre habría gente que lo estaría pasando mucho peor. Volví a sentir náuseas porque yo, que no me creía egoísta, me había vuelto, sin embargo, egocéntrica. Al pensarme sola en el mundo me olvidé del altruismo del que hacía gala años atrás.

Entre momentos de lucidez y suspiros de exasperación llegaron las tres de la tarde. Consciente de que solo disponía de unos minutos hasta que mis padres aparcasen el coche en el garaje y subiesen, trasteé en todas las habitaciones maquillando mis acciones con el fin de hacerles creer que en su ausencia había ido a clase.

Aquella tarde de viernes y durante todo ese fin de semana permanecí en mi cuarto. Mis padres, sabedores de que si quería conseguir buenas notas necesitaba estudiar, me llevaban a mi habitación las tres comidas diarias mientras me aconsejaban veladamente que hiciese pequeños descansos.

Los dos días y medio que faltaban para el inicio de los exámenes transcurrieron entre libros, pequeñas interrupciones en las que comía y me aseaba y periodos de tiempo más largos en los que intentaba dormir. Sin embargo, el domingo por la noche, las horas de estudio superaron a las de sueño.

Por suerte, el primer examen del lunes era Matemáticas y tenía las fórmulas que debía utilizar grabadas a fuego en mi memoria. Cuando en medio de la prueba las fuerzas parecieron fallarme, giré la cabeza, le dirigí una fugaz mirada a Marco y utilicé su sonrisa como estímulo y recuerdo de las productivas tardes en las que estudiamos juntos.

El segundo test era el de inglés, así que, tras acabar el examen de Matemáticas, repasé los apuntes en la biblioteca. A la hora de comer, fui a la cafetería. Carlos apareció por la puerta del comedor mientras yo repetía mentalmente el vocabulario del que tendría que dar cuenta minutos más tarde y comía los tres platos de los que constaba el menú que había pedido. Rápidamente, busqué su mirada. Cuando estuvo a mi altura, quise ponerme en pie. Él me frenó con un ademán:

—Está todo bien. No te preocupes —me tranquilizó.

Asentí en silencio y él, tras observarme detenidamente unos segundos, se alejó de mí. En ese momento, reparé en que Marco no se encontraba allí y supuse que estaría estudiando en la biblioteca. Sin embargo, como quedaban pocos minutos para que comenzase el examen de inglés, cuando volví al aula, me obligué a no pensar en mi amigo.

El examen por fin acabó y pude regresar a casa y descansar. Después de cenar y darme una reconfortante ducha, antes de apagar la luz y dormir, me di cuenta de que la rutina había vuelto a mi vida y yo estaba consiguiendo sobrevivir a ella.

Sin embargo, aunque todo transcurriría de igual manera durante el resto de la semana, el viernes, después del último examen, esa inercia daría paso a una serie de desafortunadas revelaciones.

Llegó el último viernes de mayo y, con él, el final de mi historia. Me desperté temprano, con un manto de angustia aprisionándome el pecho en aquella cálida mañana. El instinto, que permanecía intacto desde que tenía uso de razón, me decía que aquel no iba a ser un día cualquiera.

Me comporté como si todo siguiese igual y dentro de mí nada se hubiese roto en mil pedazos. Pero sabía que el silencio del que había gozado en las últimas semanas era solo la antesala del apoteósico final que se merecía la película de terror en la que yo tenía el papel protagonista.

No estaba nerviosa. Ni aquel último examen antes de la selectividad ni el miedo, aparcado en ese momento en lo más hondo de mi ser, alteraron mi extraño ánimo, rayano en la melancolía. Sentía que flotaba, con el piloto automático activado. Las horas iban pasando mientras las manecillas del reloj me contaban que mi tiempo se acababa.

El abrazo con mis padres, antes de salir de casa, fue el último que me dieron. Entre mi familia y yo se había creado una nueva dimensión que me alejaba cada vez más del resto. Mi mente no asimilaba la realidad con claridad: no sabía si el ser incorpóreo era yo o los fantasmas eran ellos. Nuestros cuerpos no se fundieron; como si los sentimientos y las palabras nos atravesasen sin esfuerzo, sin llegar a calarnos las entrañas.

Durante mi rutinario viaje en metro, los trenes estaban abarrotados, pero yo me imaginaba inmersa en una soledad melódica: la música que emanaba de mis auriculares era lo único capaz de traspasar mis sentidos y quedarse en mi corazón, pugnando por deshacer el iceberg en el que se había convertido todo mi organismo a causa de tanto sufrimiento.

Cuando salí de la boca de metro y, tras unos minutos, me encontré frente al instituto, noté como se cerraba el círculo. La desconfianza que marcó mi primer día de curso me había abandonado, sustituida por una aceptación sincera del destino.

Antes de entrar en el aula suspiré con cierto alivio. Marco ya ocupaba su sitio cuando me senté en mi pupitre y, al verme, me dedicó una gran sonrisa que me mostró cada una de las piezas de su dentadura perfecta. Al recibir uno de sus reconfortantes pero inesperados abrazos, un recuerdo, representado en la última fecha señalada en rojo en mi calendario vital, me recordó algo:

—¡Feliz cumpleaños! —exclamé, hundiéndome todavía más entre sus brazos.

—¡Gracias! —exclamó alegremente. Su tez morena no era capaz de esconder que se había ruborizado.

Yo no tenía pensado seguir hablando, pues supuse que si mi amigo había ideado algún tipo de celebración ya me lo diría después del examen. Mientras me encontraba sumida en mi ritual de meditación y supersticiones, aquel que repetía en cada prueba importante, la voz de Marco, con su cadencia única, rompió la telaraña que mi mente estaba intentando tejer:

—Ya se acabó todo —dijo mientras me palmeaba la espalda.

Asentí e intenté sonreír. Sin embargo, yo sabía que la vida se basaba en una continua secuencia de engañosas apariencias. Tenía claro que después de tantos días, semanas y meses de sufrimiento, el signo de mi suerte ya no iba a cambiar. Sentía que un acontecimiento trascendental iba a romper, de una vez por todas, aquel delgado hilo que marcaba el punto final de mi efímera existencia. Conocía, además, que en mi particular partida de ajedrez contra la vida, esta había dictado su sentencia: jaque mate.

Carlos llegó a clase portando en las manos un abultado taco de folios. Con pasmosa lentitud, el profesor paseó por las filas de pupitres repartiendo las preguntas del examen y las hojas en blanco para poder responderlas. Después se dirigió hacia su escritorio, en el que colocó un pequeño reloj de arena, que giró mientras decía:

—Empieza el examen.

Leí las cuestiones y, tras dejar pasar el periodo inicial en el que mi mente me traicionaba quedándose en blanco, comencé a escribir. A pesar de que el examen no me parecía complicado, hubo algo que me jugó una mala pasada. La vena de mi sien comenzó a palpar, incontrolable. Sabía concentrarme perfectamente, pero necesitaba un ambiente en completo silencio. Sin embargo, aquella sala estaba repleta de ruidos apenas audibles para quien no sabe escuchar: el reloj de arena, cuyos granos golpeaban el cristal, los bolígrafos rasgando el papel, folios girando sobre sí mismos, alarmas de relojes digitales o manecillas de mecanismos analógicos.

Comencé a respirar entrecortadamente, pero esa taquicardia solo me duró un par de segundos; hasta que recordé que disponía de un truco infalible para solventar ese tipo de situaciones: recordar una canción. Así conseguí olvidarme por un tiempo de aquel torpe silencio, sustituyéndolo por acordes que únicamente estaban en mi memoria. Noté entonces como mi mente se dividía en dos partes y, mientras rebuscaba en mis recuerdos las respuestas al examen, los últimos éxitos nacionales e internacionales inundaron mis conexiones cerebrales.

Minutos antes de que el reloj de arena indicase que mi tiempo en bachillerato había concluido, entregué el examen. Carlos, que miraba fijamente aquella doble pirámide de cristal, me vio llegar hasta su mesa, me dio la mano y, en un susurro, me expresó sus mejores deseos:

—Enhorabuena. No parecía fácil al principio, pero has llegado hasta el final, seguro que con notas excelentes. Estoy orgulloso de ti. Ahora todo va a cambiar. El mundo está en tus manos.

Nunca supe si ese fue el mejor momento para hacerlo, pero, tras aquellas profundas palabras, llenas a buen seguro de sinceridad, necesitaba que ese capítulo se cerrase de una manera perfecta. Por eso y, aunque él no lo esperaba, le di un abrazo.

Después de ese impulsivo gesto, nos separamos y, antes de despedirme de él y abandonar el aula que me había acogido durante aquel difícil periodo de mi vida, susurré a mi tutor:

—Gracias por no darme la espalda y por haberme enseñado tanto en tan poco tiempo.

Carlos me sonrió por última vez. Estaba segura de que había entendido todas las implicaciones que hubo en aquellas palabras. Yo le devolví la sonrisa, que se perdió en sus ojos.

Marco terminó el examen en ese preciso momento. Esperé junto a la puerta del aula, en silencio, hasta que cogió su mochila. Después, salimos juntos al pasillo, lugar donde nos fundimos en un abrazo que ni el estridente sonido del timbre pudo romper. Cuando nos separamos, ambos estábamos ruborizados y felices. Los estudiantes poblaban de nuevo los pasillos, así que decidimos alejarnos de allí.

—Vamos a la cafetería —vociferó Marco por encima de aquel tumulto de voces.

Después de pedir unos refrescos y sentarnos en nuestra mesa de siempre, mi amigo por fin me contó sus planes para celebrar sus recién estrenados dieciocho años:

—Los de clase han organizado un botellón en un solar de las afueras —soltó sin dudar—.Estaría bien ir, ¿no te parece?

Me extrañó su pregunta, puesto que él sabía que ni las aglomeraciones me gustaban ni las fiestas me habían traído nada bueno. Intenté tirar del hilo para saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar mi amigo:

—No sé. ¿No quieres algo más tranquilo para celebrar tu cumpleaños?

—¡Claro que sí! —respondió Marco manteniendo su sonrisa—.Mañana iremos a cenar por ahí si quieres. Así estaremos más tranquilos y me podré despedir mejor de ti.

—¿Despedirte? ¿Por qué? —pude preguntar mientras mi corazón se saltaba un latido.

—Me marcho a Barcelona —dijo él, cabizbajo.

La incredulidad dio entonces paso a la rabia:

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

Marco meditó la respuesta como siempre que estaba seguro de que lo que contestase cambiaría las cosas:

—Te lo iba a decir —se excusó—. Pero no encontraba el momento adecuado. Este mes ha sido una locura. Los profesores no han dejado de hablarnos de la selectividad —Tomó aire mientras se apartaba el alborotado flequillo de la cara—. La prueba no es tan fea como la pintan —continuó—. Cuando te vi en clase el lunes parecías otra persona, más segura de ti misma. Quería que pasase todo este jaleo y contarte mi marcha después.

Yo asentí, pero necesitaba saber más:

—¿Por qué te vas? —inquirí con la voz rota.

Marco apretó mi mano con fuerza mientras yo reprimía las ganas de llorar:

—Necesito un cambio de aires. Quiero estudiar Historia y Barcelona puede ser un buen lugar para hacerlo.

Yo le escuchaba con la mente en otra parte. Había tenido un presentimiento:

—Andrea también estudiará en Barcelona el curso que viene, ¿no?

Marco abrió la boca en un claro gesto de sorpresa. Supuse que no esperaba que atase cabos tan rápido tras la noticia.

—Sí —reconoció—. Telecomunicaciones. Algo me dice que tengo que irme con ella, que si no lo hago la perderé.

Con cada palabra de Marco, yo sentía cómo una mano intangible hacía girar mi corazón. Pero, como solo éramos amigos, no podía exigirle que

me eligiera a mí y no a su novia pues, aunque era de la opinión de que la amistad es más fuerte que cualquier noviazgo, sabía que no todas las personas pensaban lo mismo que yo. Intentando que la angustia no se notase, acepté que el destino, tan cruel conmigo en los últimos tiempos, derribaría uno de los pilares que me sostenían:

—¿Y cuándo te vas? —Mi voz sonaba desesperada y me arrepentí al momento de haber hablado.

Marco apartó su mano de la mía para beber de su vaso. Después, sus dedos ya no volvieron a rozar los míos en toda la conversación:

—Haré la selectividad —contestó Marco—. Después, nos iremos de vacaciones a Mallorca. Si en julio estás por Madrid, siempre tendré un rato para ti. Me marcharé en agosto. Durante la última semana del mes habrá cursos de adaptación a la universidad. —Marco enmudeció un instante—. Pero volveré en Navidad. Ya hablaremos entonces. ¿Te parece?

Yo no sabía cómo reaccionar porque solo notaba como aquella avalancha de información me golpeaba, alejándome de mi amigo.

—Supongo —le espeté seria.

Marco suspiró:

—Y tú, ¿qué vas a hacer? —inquirió, posando la pelota en mi tejado.

Yo apuré mi refresco, me encogí de hombros y hablé desde la verdad, aunque presentía que el único futuro del que disponía era el tiempo que le quedaba a aquel día, que ya había gastado la mitad de sus horas.

—Selectividad, como tú. Luego, si todo va bien —mis labios dejaron escapar una imperceptible sonrisa torcida—, estudiaré Filología, para escribir mejor y crear mundos nuevos, porque este ya lo tengo muy visto.

Ambos nos reímos a carcajadas de mi ocurrencia. Sin embargo, mientras su risa inundaba mis oídos, mi sonrisa se quedó dentro de mí.

—Debería irme —expresó Marco mientras se levantaba de la silla—. Mis

padres querrán saber cómo me ha ido el examen. ¿Nos vemos esta tarde? Dicen que habrá ambiente en el descampado a las siete, pero, si quieres, le digo a mi padre que nos acerque antes para no llegar a la fiesta cuando los de clase ya estén borrachos. Entonces, ¿a las cinco y media en tu portal?

—No me convence el plan. Pero sé que si no voy me arrepentiré de no haber pasado más tiempo contigo. Por eso acepto —musité—. Oye —recordé de pronto—. ¿Y Christian?

—Ha hecho todos los exámenes finales en la biblioteca con un profesor de guardia. Para evitar que os encontraseis y hubiese problemas.

Asimilé sus palabras antes de expresar la preocupación que anidaba en mi pecho, aquella que causaba todas mis reticencias hacia la fiesta que pondría fin al curso escolar:

—Esa medida no servirá de nada si voy al descampado y me encuentro con él. Quién sabe lo que será capaz de hacerme con varios litros de alcohol en sus venas.

Marco intentó tranquilizarme mientras abandonábamos la cafetería:

—No tiene nada que celebrar —vaticinó—. Además, las cosas no son como antes. La gente pasa de él y, a Christian, nosotros le damos igual. Yo diría que ya se le ha pasado la vena violenta. Seguro que no volveremos a cruzarnos con su cabeza rapada —aseveró.

Yo asentí, ya a cielo abierto. Solo una última mirada hacia atrás, a aquel imponente edificio que había sido testigo de mis suertes y desgracias, me hizo creer que Marco tenía razón. Sin embargo, ninguno de los dos sabía hasta qué punto sus pronósticos eran equivocados.

Acompañé a Marco al aparcamiento y, después de despedirme de él, me dirigí a la boca de metro más cercana. Antes de que las escaleras mecánicas me engulleran para escupirme en el mundo subterráneo, conecté los auriculares en mi móvil y subí el volumen de la música. Mientras las estaciones se sucedían al ritmo de canciones, ideé un horario en mi cabeza que me permitiría exprimir aquel día al máximo.

Al llegar a casa, sin mis padres, como cada viernes, el silencio se me hizo extraño y la quietud asemejó una losa sobre mi frente.

Lo primero que hice fue ducharme. Después, me vestí con ropa sencilla: camiseta blanca, pantalones vaqueros y zapatillas deportivas grises. Tras la elección de vestuario llegó la comida, que consistió en una ensalada de pasta y una pequeña porción de la empanada de atún que mi madre había hecho, con sus propias manos, el día anterior. De postre decidí tomar solamente una taza de café con hielo.

En mi habitación, recuperé de debajo del colchón mi colección de relatos, que llevé al cuarto de mis padres y coloqué sobre la mesilla de noche de mi madre. Aquel sería mi último legado.

Tras llevar a cabo todas aquellas tareas sin las que mi caótico universo no podía mantener su perfecto orden, me atusé el pelo y, por última vez, el espejo se topó con mi reflejo, carcomido y sin color. Comprendí al instante que ya nunca volvería a ser la misma porque, aunque consiguiera forjar con esfuerzo una nueva personalidad, mi alma estaría presa en un cuerpo que ya no era el mío. Mi vida se había convertido en un sinsentido de eventos que dejaban pasar los días, pero no me permitían avanzar.

Mientras las lágrimas supervivientes de aquel infierno brotaban de mis ojos, entendí que vivía en un mundo lleno de sueños imposibles y desacatos morales. Y, aunque la amistad, un sustantivo abstracto que abarcaba tanto, seguía en mi vocabulario, supe que aquello no era suficiente para reconducir mi destino; que este, tarde o temprano, me atraparía. Mi esperanza era una llama sobre el agua. La condescendencia, por fin, había ganado la última batalla.

Llegaron las cinco y media de aquella cálida tarde en la que el miedo acabó por congelar mis venas. Después de llegar a aquel solar en el que la arena nos rodeaba, tuvimos una hora para pasear de la mano, sin hablar. Las palabras carecían de importancia. Únicamente nos dejamos atrapar por el

desolador paisaje. El aire olía a despedida y la tensión se palpaba en el ambiente.

El silencio fue la nota dominante hasta que media hora antes de lo previsto el tráfico comenzó a esconder el resto de los sonidos. En pocos minutos la fiesta daría comienzo y una masa heterogénea de adolescentes empezaría a cubrir aquella vasta extensión.

Diego, compañero de clase y gran amigo de Marco, fue el primer rostro conocido que apareció en el lugar. Sonreía mientras se calaba una gorra azul para que el sol no le molestase en los ojos.

—¿Qué pasa, tío? —dijo Diego a modo de saludo, mientras estrechaba la mano de Marco y a mí me daba un abrazo que desprendía un fuerte olor a tabaco.

—Nada. Aquí estamos —respondió Marco—. ¿Qué llevas ahí? —inquirió señalando la mochila que Diego portaba a la espalda.

El aludido abrió su mochila y aparecieron ante nosotros media docena de botellines de cerveza.

—Tomad si tenéis sed —aconsejó mientras nos tendía dos de las botellas y abría una tercera.

—¿Brindamos? —propuse.

—¡Claro! —respondieron los dos chicos al unísono mientras los tres chocábamos los vidrios.

—¡Brindo por haberos conocido! —grité mirando al cielo.

—Amén —corroboró Diego mientras daba un largo sorbo a su cerveza.

Así nos quedamos, formando un círculo al que pronto se unieron Andrea y su amiga Sara, quienes habían llegado al descampado en moto.

Marco se apartó de mí y, tras abrazar el rostro de su novia con las manos, besó a esta frenéticamente, después de lo cual los demás prorrumpimos en

aplausos y vítores.

Todos estábamos felices por ser testigos de aquel amor adolescente, pero también disfrutábamos vacilando a los novios y ellos siempre se unían a nuestro juego. En aquella ocasión, ambos nos dedicaron una florida reverencia y las risas comenzaron a impregnar el entorno, por lo que me obligué a sonreír.

Diego rompió de pronto la cadena de carcajadas:

—Supongo que tendréis hambre —dijo mientras extraía de su mochila multiusos una tarta de chocolate.

Marco abrió mucho los ojos. Diego le tendió la tarta y él, tras partir un trozo con las manos y saborearlo, asintió contento, dándonos permiso para unirnos a aquel improvisado festín. El pastel quedó reducido a migas y al recipiente que había contenido el manjar festivo. Las cervezas también se consumieron.

Cuando el lugar comenzó a llenarse de gente, música y alcohol, el sol del atardecer todavía conservaba su fuerza. Me encontraba alegre y con energía suficiente para intentar disfrutar, pero no podía evitar permanecer alerta.

En un primer momento, mientras las botellas de alcohol se multiplicaban, yo no me separaba de mis amigos porque fuera de aquellos rostros no había hecho amistad con nadie más.

Sin embargo, pronto empecé a sentirme incómoda. Diego se unió al grupo de Ciencias y entabló una conversación a voces con otros dos chicos. Marco, por su parte, se alejó de mi lado con la intención de dar rienda suelta a su amor por Andrea, desenfrenado desde el momento en el que el alcohol empezó a tener presencia en su organismo.

Apuré el contenido de mi vaso de plástico y me dirigí al lugar donde habían instalado un gran contenedor, distanciado del centro de la fiesta. Permanecí unos minutos junto al basurero mientras la montaña de

desperdicios crecía exponencialmente. La gente se acercaba para arrojar vasos, botellas o envases de comida. Pero nadie parecía verme. Aquel día me había ceñido demasiado fuerte mi capa invisible y no conseguía deshacerme de ella.

Y de repente ocurrió. Habría reconocido aquella cabeza rapada a varios kilómetros, pero ahora estaba allí, a escasos metros de mi posición. A cada paso, ráfagas de tierra, repelidas por las suelas de sus zapatos, le abrían camino.

Sus pisadas retumbaban en el arenoso suelo. Christian recorrió a grandes zancadas la distancia que nos separaba. Podría haberle ordenado a mi cerebro que me salvara enviándole a mis piernas el impulso para salir de allí y correr a toda velocidad. Pero el miedo lo había vuelto a hacer.

Estaba acabada. Con el tiempo justo, di un paso hacia atrás, pero Christian avanzó a su vez y, con su cara muy pegada a la mía, mientras expulsaba por la boca un halo malvado, me dijo:

—¿Cuál es tu último deseo?

Los nervios me impidieron mover los labios y el bloqueo mental hizo que olvidase el poder de las palabras. Solo sabía que ya no merecía la pena razonar con aquel lobo con piel de adolescente herido por puñales pasados. El vampiro había acabado con el último rastro de mí incluso antes de matarme.

De pronto, las nubes taparon el sol. Ese cambio de intensidad lumínica me desconcertó e hizo que parpadeara un instante, momento que aprovechó Christian para empujarme a la tierra, en la que caí de espaldas.

Me quedé sentada en el suelo, aturdida. Mi agresor me miraba a la cara con sus ponzoñosos ojos, pero había cruzado los brazos sobre el pecho.

De una forma u otra, aquella tarde iba a morir, ya fuera porque lo que ocurriese me iba a arrebatar las ganas de vivir o porque, en mi pelea contra él, sus fuerzas acabarían con las mías.

Me estaba esperando. Aunque su musculatura le daba ventaja, quería que aquella pelea, a buen seguro la última, fuese lo más igualada posible, teniendo en cuenta que el motivo de esta, si es que existía, no me equiparaba con él en absoluto.

Por fin me puse en pie, dispuesta a recibir los golpes, pero preparada a la vez para una posible defensa. La lucha iba a dar comienzo mientras la fiesta se desarrollaba a unos metros de distancia, con sus asistentes ajenos al combate mortal que estaba a punto de iniciarse.

Los primeros golpes fueron silenciosos y sin réplica. Mi camiseta empezó a ser un cuadro a dos colores, rojo sobre blanco, cuando Christian me arañó el brazo izquierdo y de la herida comenzó a emanar un fino hilo de sangre que tiñó la arena.

Sus puñetazos no me amilanaban porque todavía no había sobrepasado mi umbral del dolor. Aunque aún no sentía daño alguno, los empujones sí podían derribarme. Christian consiguió que mis huesos dieran de nuevo contra el suelo tras una zancadilla. Ya no pude defenderme. Mi agresor, henchido de orgullo, insaciable, colocó uno de sus gigantescos pies sobre mi pecho.

Grité y el dolor se hizo presente. La presión que mi agresor estaba ejerciendo me fracturó algunas costillas, que terminaron por perforarme un pulmón.

Mi ahogado grito llamó la atención de algunos de mis compañeros de clase quienes, tras girarse y ubicar mi voz, se acercaron corriendo.

Christian, viéndose sorprendido, se distrajo un instante, lo que me dio la oportunidad de ponerme en pie con gran esfuerzo. Había gastado mis energías en aquel gesto, pero no las ganas de seguir luchando por mi vida hasta el final.

Mi agresor, sin rasguños y con espectadores, se preparó para asestarme el golpe de gracia, pues yo ya estaba contra las cuerdas. Sin embargo, conseguí frenar su embestida, logrando que mi puño impactase en su rostro. Supe al instante que, aunque no le había hecho ningún daño, aquel sería mi fin.

Christian se alejó unos centímetros de mí, supuse que en un intento de darle impulso a su brazo y noquearme. Pero, inesperadamente, introdujo sus manos en los bolsillos de sus pantalones gastados al mismo tiempo que un repentino rayo de sol me cegaba casi por completo. sentí como algo se hundía en mi pecho mientras la voz de Marco me llamaba a gritos desde la distancia.

La sangre empezó a brotar y noté como el tacto helado y letal del metal de una navaja me abandonaba. Tras caer al suelo, y antes de que mis ojos se llenasen de lágrimas, vi huir a mi agresor.

Marco, mi ángel de la guarda, apareció ante mí entre las tinieblas del sueño. A punto de perder el conocimiento, los brazos de mi amigo me rodearon y, a pesar del dolor, una sonrisa eterna se dibujó en mi rostro.

Marco, mi ángel de la guarda, apareció ante mí entre las tinieblas del sueño. A punto de perder el conocimiento, los brazos de mi amigo me rodearon y, a pesar del dolor, una sonrisa eterna se dibujó en mi rostro.



La vida, tantas veces injusta, también permite tener segundas oportunidades. Por eso, he recuperado la consciencia durante unos minutos, antes de desangrarme y sucumbir a causa de la herida mortal.

Ahora podré despedirme de Marco: mi mejor amigo, mi gran apoyo. Pero no me sale la voz y Marco no puede dejar de llorar. Ambos sabemos cuál va a ser mi final y no nos gustan las despedidas.

Sin embargo, ha llegado la hora de ponerle fin a nuestra historia. Mientras la madrugada se cierne sobre nosotros, en una cama de hospital, cosida a los últimos hilos de vida, se creamos el mejor final posible: los labios de Marco rozan los míos y, cuando él me besa, yo le regalo mi último aliento, haciendo de esta, una noche de película.

Epílogo

Cuatro meses después:

“Sentado en un banco de Las Ramblas, veo pasar gente, tráfico, vida... Todavía no me hago a la idea de que ya no podré verte más. Han pasado cuatro meses desde aquel día en el que me diste tu última lección: hay que enfrentarse a las adversidades hasta sus últimas consecuencias.

Intuiste que Christian estaría en la fiesta y, por desgracia, no te equivocaste. No sé si seré capaz de asistir al juicio contra tu asesino, pero supongo que no puede haber nada peor que ir al crematorio y contemplar como una parte de mi alma se va, quemada junto al cuerpo de alguien que ha cambiado mi vida y marcado la diferencia en ella. Espero que Christian pague por todo el sufrimiento que también a mí me ha hecho sentir.

Mientras estos pensamientos asaltan mi cabeza, solo deseo que Andrea no tarde en llegar. Necesito sumergirme en su pelo rojo fuego, ahogarme en sus labios y camuflarme en su cuerpo.

Mi novia y yo nos instalamos aquí en Barcelona, en un piso que hemos alquilado juntos en el centro. Ella estudia Telecomunicaciones por las tardes y por las mañanas trabaja en una tienda de ropa. Yo estoy haciendo Historia. Perdona mi juego de palabras. Quería comprobar si tu sonrisa se ve en el cielo, pero hoy hay demasiadas nubes.

La vida sigue, aunque tú ya no estés aquí. Sé que me escuchas, que me lees, que me sientes... Por eso te escribo estas líneas en una hoja de papel, para lanzarlas al viento después y que lleguen a ti. Tú tampoco me olvides. ¿Te parece?

Hablando de gente que escribe... Volví al instituto y Carlos me dijo que tus padres le dieron tu cuaderno de relatos. ¡Lo van a publicar! Además, en el soportal del patio os han dedicado un mural a Dani y a ti. Para que vuestro recuerdo no caiga en el olvido.

Al final, todo terminó, aunque no de la mejor manera, porque ya no volveré a escuchar tu voz. Pero ahora sé que mi vida tiene un rumbo fijo. Me encargaré de llevar a cabo tu último deseo, aquel que tu corazón me susurraba a gritos. Me decías:

—Algún día contaré mi historia.

Y yo juré que tu historia sería contada.”

Agradecimientos

Gracias a mi familia por estar siempre a mi lado, aunque yo a veces no me dé cuenta. Mención especial a mi madre por animarme, a mi tía Alicia por la portada de esta novela, y a mi tío Antonio por los consejos a mis lectoras beta. A Cristina por ser la primera y aportar el gramo de locura que le faltaba a mi vida. A Verónica por saber escuchar y animarme con las palabras precisas. Si estás leyendo esto, los sueños se cumplen. A Patricia por ayudarme más de lo que crees. A Marina por nuestras conversaciones en el bus, que siempre me sacaban una sonrisa. María: llegaste al final de este proceso, pero estoy segura de que la novela te gustará tanto como la música con la que he intentado impregnar sus páginas.

A Eva. Me has ayudado mucho con tus recomendaciones y ánimos y era imposible olvidarme de ti en los agradecimientos de este libro. Nunca dejes de escribir y defiende siempre que El futuro llega hoy al mediodía.

A los profesores que me han dejado huella. A Quique por ayudarme mientras otros me daban la espalda. Por saber escuchar. Gracias, Miguel Ángel: por la pasión que ponías en tus clases, por devolverme a la lectura y empujarme, sin darte cuenta, a la escritura.

A Benjamín Prado por las recomendaciones literarias, por reconciliarme con la poesía y por tu amabilidad. A Juan Gómez-Jurado por cada una de tus novelas y por compartir tu conocimiento en forma de podcast. A César Pérez Gellida por recordarme la diferencia entre querer, desear o necesitar escribir. Mi opción será siempre la tercera. Laura Gallego: tus libros me metieron el gusanillo de la escritura en el cuerpo.

Párrafo aparte merece Blas Ruiz Grau. Gracias por ayudarme desinteresadamente y por enseñarme tanto desde tu experiencia. Te conocí

como escritor quejica y eso nos une. Espero seguir tus pasos y que los éxitos nunca se acaben.

A Julio Llamazares porque leerte es aprender. A Francesc Miralles por enseñarme que detrás de un pequeño título o de la primera línea de una novela se puede esconder una gran historia. A Javier Cercas por dejarme hablar contigo de tus libros y de los de otros. Albert Espinosa: a mí también me encanta tu luz.

A Jordi Serra i Fabra por sacarme siempre una sonrisa. Espero que este libro llegue a tus manos. A Sara Mesa por demostrar que la mala letra puede crear una buena historia. A Eduardo Mendoza: gracias por escribir. A Ignacio Martínez de Pisón y Roberto Santiago por vuestra inagotable amabilidad. A Javier Castillo: te hice caso y empiezo mi camino en la literatura como tú (aunque no sé si me irá igual de bien). A César Bona: ojalá leas esta novela. Gracias a Risto Mejide por inventar una definición de éxito que también es la mía: “Que las personas a las que has decidido admirar algún día te admiren a ti”.

A todos los escritores que he nombrado y también a los que me haya podido olvidar: gracias por gastar parte de vuestro tiempo en un saludo, una charla, una foto o una firma.

A Marcos Chicot y a Juega Terapia. Algún día os ayudaré como merecéis. Mientras tanto, seguid cambiando el mundo.

A la música en general. A Lagarto Amarillo por salvarme la vida. A Sidecars porque si hiciesen una película de mi novela la banda sonora sería una de vuestras canciones. A Rayden porque cada uno de tus versos me golpea y emociona. A Leiva por armonizar melodía y letra a la perfección. A Coti: el mejor músico al otro lado del charco.

A los que no están: Marco y Elena: nunca olvidaré vuestra historia. A Rafael Chirbes: gracias por escribir. A Mercedes. A Emilio. Para vosotros. Siempre en mi recuerdo

Y a ti, lector. Espero que hayas disfrutado del libro y que me cuentes qué te ha parecido en mi correo bueno.santamarina.teresa@gmail.com, en mi

cuenta de Twitter [@TeresaBuenoSant](#) o en mi Facebook, [Teresa Bueno](#).
Gracias por confiar en mí.